

BENJAMIN MARTIN SANCHEZ
Profesor de Sagrada Escritura

TESORO BIBLICO

**Máximas sapienciales y doctrinales
para aprender a vivir rectamente**

Mira bien donde pones el pie, y sean rectos todos tus caminos
(Proverbios 4, 26)

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 4^º
41003 Sevilla

Con Licencia Eclesiastica

Imprime Càdigraf.s.a.

Cl. Mendez Alvaro 34 - 28045 Madrid

Deposito Legal M-41704-1988

I S B N. 84-7770-147-4

PRESENTACION

Este libro es bíblico, hasta el prólogo, por estar hecho con palabras de la Biblia (a excepción de los comentarios o aplicaciones que van en letra pequeña), y es un tesoro por sus muchos temas y máximas sapienciales que encierran un gran contenido doctrinal y teológico; y por ser la Biblia "palabra de Dios", por eso en él Dios te habla. Escucha atentamente sus enseñanzas para que aprendas a vivir rectamente.

Dichosos los que oyen la palabra de Dios y la cumplen (Lc. 11, 28).

Querido lector:

"Presta atención a mis palabras (a las máximas entresacadas de la Sagrada Escritura, que han sido escritas para tu recto gobierno), inclina tu oído a mis enseñanzas; no se aparten de tus ojos, guárdalas en lo íntimo de tu corazón. Son vida para quien las halla, salud para su cuerpo..." (Prov. 4, 20-22).

"No se aparte nunca de ti este libro; tenlo presente día y noche, para que observes y practiques todo cuanto en él está escrito, porque entonces prosperarás en tu camino y tendrás buen éxito... Sé fuerte y valeroso; porque Yahvé, tu Dios, está contigo a donde quieras que vayas (Josué 1, 7-9).

"No desdeñes las lecciones de tu Dios" (Prov. 3, 11), oyéndolas, el sabio acrecerá su saber y el hombre inteligente adquirirá maestría" (Prov. 1, 5). El temor de Dios es el principio de la sabiduría; sólo los insensatos desprecian la sabiduría y doctrina (Prov. 1, 7).

"Hijo mío, no te olvides de mi Ley. Conserva en tu corazón mis mandatos, porque te darán vida lar-

ga, largos (felices) años de vida y prosperidad" (Prov. 3, 2).

"Mira bien donde pones el pie, y sean rectos todos tus caminos (Prov. 4, 26).

Benjamín MARTIN SANCHEZ

Zamora, 31 octubre 1987

MAXIMAS SAPIENCIALES (Temario en orden alfabético)

Alabanza

- No tu boca, sino la ajena sea la que te alabe (Prov. 27, 2).
- Como el crisol prueba el oro y la plata, así las alabanzas prueban al hombre (Prov. 27, 21).
- Más vale ser reprendido del sabio, que seducido con las limpias de los necios (Eclo. 7, 6).
- Los que producen divisiones y escándalos... con discursos y lisonjas seducen los corazones de los incautos (Rom. 16, 17-18).
- Alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia (Eclo. 51. 17).
- Alabad al Señor todas las gentes, alabadle todos los pueblos (Sal. 117).

“Alegraos cuando os vituperen, y jamás cuando os alaben”.
“El adulador es infaliblemente tu murmurador” (Gar-Mar). Alabarse uno a sí mismo es cosa torpe. “El que bien se conoce tiénese por vil y no se complace en las alabanzas humanas” (Kempis).

Alegría

- La alegría alarga la vida de los hombres... Echa lejos de ti la tristeza; porque a muchos mató la tristeza y no hay utilidad en ella (Eclo. 30, 23-25).

— Vivid siempre alegres... Alegraos siempre en Señor, os lo repito, vivid alegres (Fil. 4, 4).

— Servid al Señor con alegría (Sal. 100, 1). Gloriaos en su santo Nombre, alégrese el corazón de los que buscan al Señor (Sal. 105, 3).

— La alegría del corazón es un peremne banquete... Rostro radiante alegra corazones (Prov. 15, 15 y 30).

— La tristeza es para el corazón lo que la polilla para el vestido y el gusano para la madera (Prov. 25, 20).

— Dios ama al que da con alegría (2 Cor. 9, 7).

La alegría buena y sana es propia y exclusiva de las almas que viven en gracia de Dios. La verdadera alegría nace de corazones limpios de pecado. El verdadero apóstol cristiano siembra alegría. No estés triste: "Un santo triste es un triste santo", decía San F. de Sales, y San Felipe Neri: "Tristeza y melancolía fuera de la casa mía".

Amistad

— Un amigo fiel es poderoso protector; el que lo encuentre halla un tesoro, Nada vale como un amigo fiel; su precio es incalculable. Un amigo fiel es remedio saludable; los que temen al Señor lo encontrarán (Eclo. 6).

— Si tuvieres muchos amigos, uno entre mil sea tu consejero. Si tienes un amigo, ponle a prueba y no te confíes a él tan fácilmente; porque hay amigos de ocasión. —compañeros de mesa— y no serán fieles en el día de la tribulación (Eclo. 6, 6 ss).

— Apártate de tus enemigos y guárdate de tus amigos... El que teme al Señor es fiel a la amistad (Eclo. 6, 13 y 17).

— Hijo mío, si los malos pretenden seducirte, no consientas... No te vayas con ellos, ten tus pies muy lejos de sus sendas (que son de perdición) (Prov. 1, 10 y 15).

— El amigo ama en todo tiempo, es un hermano para el día de la desventura (Prov. 17, 17). “No es en la prosperidad cuando se conoce al amigo... En la dicha hasta el enemigo es amigo... (Eclo. 12, 8-9).

— Los ultrajes y la soberbia, así como revelar secretos y traicionar, son cosas que espantan a todo amigo (Eclo. 22, 27).

Muchos jóvenes se pierden por la elección ligera de los amigos. No deben juntarse sino con aquellos que siguen el camino del bien. Las malas compañías son el primer gran peligro que amenaza a los jóvenes. “*No te juntes, con pecadores*” (Eclo. 7, 17). Dice el adagio: “Dime con quien andas y te diré quien eres”.

Amor *(ideas básicas doctrinales)*

1) *Amor que Dios nos tiene.* Dios es caridad (1 Jn. 4, 8), Dios es amor (Id. 4, 16). Con amor eterno te amé (Jer. 31, 3). El nos hizo y somos suyos (Sal. 100, 3).

— Así dice Yahvé: Yo hice la tierra y cree sobre ella al hombre (Is. 45, 12). Yo soy Yavé, el que lo ha hecho todo (Is. 44, 24). (Consecuencia: Si somos hechura de Dios, luego dependemos de El y a El debemos amarle y servirle).

— El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió al mundo a su hijo Unigénito para que nosotros vivamos por El. En eso está el

amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y envió a su Hijo como propiciación por nuestros pecados (1 Jn. 4, 9-10).

— Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2, 4).

— Tiene piedad de todos porque todo lo puede y disimula los pecados de los hombres para atraerlos a penitencia (Sab. 11, 24).

— Ved que amor nos ha mostrado el Padre, que seamos llamados hijos de Dios y lo seamos (1 Jn. 3, 1).

— Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1, 15). Me amó y se entregó a la muerte por mí (Gál. 2, 20).

— Cristo murió por todos para que los que viven, no vivan ya para sí, sino para Aquel que por ellos murió y resucitó (2 Cor. 5, 15).

— Habiendo Jesús amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (instituyendo la Eucarística) (Jn. 13, 1).

2) *El amor que debemos a Dios.* Amemos a Dios, porque El nos amó primero (1 Jn. 4, 19). Con todas tus fuerzas ama a tu Hacedor (Eclo. 7, 32).

— Amarás al Señor con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento (Mt. 22, 37).

— Si me amáis, guardaréis mis mandamientos... El que recibe mis preceptos y los guarda, ese es el que me ama... (Jn. 14, 15).

3) *El amor al prójimo.* El segundo mandamiento es semejante al primero, y es: Amarás al prójimo como a ti mismo (Mt. 22, 39-40).

— Toda la ley se resume en este mandamiento: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Gál. 5, 14).

— Haced vosotros con los demás hombres todo lo que deséais que hagan ellos con vosotros (Mt. 7, 12).

— Este es mi mandamiento, que os améis unos a otros como Yo os he amado, Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos (Jn. 15, 12 s).

— Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir del sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos (Mt. 5, 44-45).

— Si alguno dijere: amo a Dios, pero aborrece a su hermano, miente. Pues el que no ama a su hermano, a quien ve, no es posible que ame a Dios, a quien no ve. Y nosotros tenemos de El este precepto: que quien ama a Dios ame también a su hermano (1 Jn. 4, 20-21).

— No seáis altivos mas allanáos a los humildes... No volváis mal por mal; procurad el bien a los ojos de todos los hombres... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer; si tiene sed, dale de beber; que haciendo así amontonáis carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien (Rom. 12, 9 ss).

— Soportaos unos a otros con caridad... (Ef. 4, 1).

— No amemos sólo de palabras y con la lengua, sino con obras y de verdad (1 Jn. 3, 18).

En la Biblia se nos revela que Dios nos ha creado y redimido por amor. Como dice San Agustín, nosotros existimos porque

Dios es bueno y nos ama. Y como "amor con amor se paga", justo es que correspondamos al amor Dios.

El amor no es verdadero si es sólo "horizontal" (amor al hombre por el hombre), ante todo debe ser "vertical", por amor a Dios... El amor no excluye a nadie; se extiende a todos, aún a los enemigos, según el mandato de Cristo: "*Amad a vuestros enemigos...*"

El amor eleva o envilece según el objeto que lo inspire. "El amor del mundo contamina el alma; el amor al autor del mundo purifica el alma"... "Cada uno es lo que es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? Serás Dios... Amando a Dios asciendes; amando al siglo, te hundes" (S. Agustín).

Avaricia

— La avaricia es raíz de todos los males; hace perder la fe y nos arroja en medio de grandes dolores (1 Tim. 6, 10).

— (El avaro en su locura) amontona tesoros e ignora para quien los reúne (Sal. 39, 7).

— Guardaos de toda avaricia, porque aunque se tenga mucho, no está la vida (la felicidad) en la hacienda (Lc. 12, 15).

— El que impone privaciones amontona para otros, y con sus bienes se darán buena vida... Nadie más necio que el que para sí mismo es tacaño, y lleva ya en eso su castigo (Eclo. 14, 3-4).

— ¡Insensato! Esta noche te arrancarán el alma, y todo lo que estás acumulando ¿para quién será?... (Lc. 12, 20).

— Los que quieren ser ricos caen en la tentación y en los lazos del demonio y en muchos deseos inútiles y perniciosos que precipitan a los hombres en el abismo de la perdición y de la condenación (1 Tim. 6, 9).

— Los avaros no poseerán el reino de Dios (1 Cor. 6, 10).

La raíz de todo mal no es el dinero, sino el amor al dinero. El rico Epulón se condenó, no por ser rico, sino para hacer mal uso de sus riquezas. La avaricia, como pecado capital, es la fuente de muchos pecados, pues de él proceden: la dureza del corazón, la inquietud, el engaño, la traición.... La felicidad no se halla en las riquezas, sino en la virtud. Sé desprendido. “El que os ha dado bienes, os pide la limosna por boca de los pobres; prestadle y os será ventajoso” (S. Basilio). “No se encierre vuestra alma en un vil metal, elévese, al contrario, al cielo” (S. Jerónimo).

Beneficios

— No niegues un beneficio al que lo necesita, siempre que en tu poder esté el hacérselo. No le digas al prójimo: “Vete y vuelve, mañana te lo daré”, si es que lo tienes (Prov. 3, 27-28).

Hay que dar al necesitado con generosidad y prontitud. Es conocido el proverbio latino “*bis dat qui cito dat*”: da doblemente quien de prontamente.

— El que hace prontamente el bien, bienes se atrae, al que busca el mal le vendría el mal (Prov. 11, 27).

— Hijo mío, tus beneficios no los acompañes de reproches, ni tus obsequios de palabras amargas.

— El rocío refresca los ardores del sol, y así la buena palabra es mejor que el don.

— Una buena palabra es mejor que un obsequio, pero el hombre benéfico une la una al otro. El necio hace groseros reproches (Eccl. 18, 15-18).

— El misericordioso se hace bien a sí mismo, el de corazón duro a sí mismo se perjudica (Prov. 11, 27).

El primer beneficiado de la beneficencia es el que la hace. Y el que perjudique a los demás, a sí mismo se perjudica.

Biblia

— Todo lo que está escrito (en la Biblia), para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza (Rom. 15, 4).

— Toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, para argüir, para corregir, para educar en la justicia a fin de que el hombre de Dios sea perfecto y consumado en toda obra buena (2 Tim. 3, 16-17).

— Toda palabra de Dios es acrisolada, es el escudo de quien en El confía (Prov. 30, 5).

— Investigad las Escrituras..., pues ellas dan testimonio de Mi (Jn. 5, 39).

— Conviene que se cumpla cuanto está escrito de Mi en la Ley de Moisés, en los Profetas y en los Salmos (Lc. 24, 44).

— La Escritura no puede fallar (Jn. 10, 35).

Jesucristo nos habló de la Biblia y dijo que ella trataba de El, y por eso San Jerónimo dijo: "Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo". La Biblia contiene y es la palabra de Dios.

Los profetas hablaron y escribieron movidos por el Espíritu Santo. Dios no ha hablado por medio de ellos. Sus palabras, las dichas por los profetas, las tenemos en el A. T. y las dichas por Jesucristo las tenemos especialmente en los Evangelios. Las máximas del presente libro o diversas sentencias como las

ideas doctrinales, según hemos dicho, están tomadas de la Biblia, y por lo tanto tienen autoridad divina.

La figura central de la Biblia es Jesucristo. En El convergen los dichos de los profetas.

Lee con frecuencia los libros Santos...

Camino

— No te metas por las sendas del impío, no vayas por el camino de los malos. Esquívale, no pases por él, tente apartado de él, pasa de lejos (Prov. 4, 14 s).

— (Un día tardío los impíos lo reconocerán): ¡Hemos errado el camino verdadero?... Nos cansamos de andar por sendas de iniquidad y de perdición, y caminamos por desiertos intransitables, sin conocer el camino del Señor (Sab. 5, 6-7).

— Mira bien dónde pones el pie y sean rectos todos tus caminos. No te desvíes a la derecha ni a la izquierda, aparta del mal todos tu pasos (Prov. 4, 26-27).

No te desvíes a la derecha ni a la izquierda, porque lo mismo se puede pecar por exceso que por defecto. Todos los extremos son viciosos: la virtud está en el medio. Por eso los Proverbios no se cansan de recomendarnos serenidad, equilibrio, circunspección y prudencia, o sea, guardar el justo medio (Dr. Vidal Cruañas).

— El que sigue la justicia va a la vida, el que va tras el mal corre a la muerte (Prov. 11, 19).

Sentencia muy frecuente en la Biblia: es el camino de la virtud, aunque a veces sea estrecho, lleva a la *vida*, en cambio, el sendero del pecado, aunque ancho, lleva a la *muerte*, a la con-

denación. Esto es lo que nos dice Jesucristo en el Evangelio al hablarnos de las dos sendas (Mt. 7, 13-14).

— Los caminos del hombre están ante los ojos de Dios, y El ve todos sus pasos (Prov. 5, 21).

— No te tenga por sabio, teme a Dios y evita el mal. En todos sus caminos piensa en El, y El allanará todos sus sendas (Prov. 3, 6-7).

— (Jesucristo dice): Yo soy el Camino, la verdad y la Vida... Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas (Jn. 14, 6; 8, 12).

Jesucristo se nos presenta como “Camino” para que todos seamos sus seguidores y le reconozcamos como a nuestro Salvador.

“Seguidor de Cristo” equivale a decir “imitador suyo” en cuanto procura conformar su conducta a la del mismo Cristo.

Jesucristo es el camino o guía seguro de salvación, y camino para ir al Padre (Jn. 14, 3).

(Véase “Jesucristo”)

Caridad

— La caridad es el vínculo de la perfección (Col. 3, 14). Procura dar ejemplo a los fieles en la caridad, en la fe, en la castidad... (1 Tim. 4, 12).

— Ante todo conservad asidua la mutua caridad, porque la caridad cubre la muchedumbre de los pecados (1 Ped. 4, 8).

— Dios es caridad, y el que vive en caridad permanece en Dios y Dios en él (1 Jn. 4, 16).

— Si hablando lenguas de hombres y de ángeles no tengo caridad, soy como campana que suena o címbalo que retiñe...

— La caridad es paciente, es benigna, no es en-

vidiosa, no es jactanciosa, no se hincha, no es descortés, no busca lo suyo, no se irrita, no piensa mal; no se alegra de la injusticia, se complace en la verdad; todo lo excusa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo tolera.

— La caridad nunca se acaba; las profecías desaparecen; las lenguas cesarán, la ciencia se desvanecerá... (1 Cor. 13).

— Ahora permanecen éstas tres: la fe, la esperanza y la caridad (1 Cor. 13). Esforzaos por alcanzar la caridad...

— Sabemos que hemos sido trasladados de la muerte a la vida porque amamos a los hermanos. El que no ama permanece en la muerte. Quien aborrece a su hermano es homicida, y ya sabéis que todo homicida no tiene en sí la vida eterna.

— El que tuviese bienes de este mundo y, viendo a su hermano tener necesidad, le cierra sus entrañas. ¿cómo la caridad de Dios permanece en él? Hijitos, no amemos de palabra y con lengua, sino de obra y de verdad (1 Jn. 3).

— Carísimos, amémonos unos a otros porque la caridad procede de Dios (1 Jn. 3).

Caridad es hacer bien a todos. El que hace mal a otros, se lo hace a sí mismo, y Dios no le bendice. El hacer mal es de corazones ruines. Esfuérzate por hacer bien a todos, y si hallas enemigos en el camino de la vida, véngate de ellos, a ejemplo de Jesucristo, con la oración, el perdón y el amor. Acostúmbrate a devolver bien por mal.

Ama al pecador equivocado, pero no sus pecados o errores. Con la persona que te contraría y te hace padecer, pórtate como te portarías con la persona que tú mas quieres en el mundo.

En las comunidades donde reina la caridad, ésta las transforma en paraíso. Donde no hay caridad faltan todas las virtudes.

Castidad

— Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios (Mt. 5, 8).

— ¿No sabéis que vuestros cuerpos son miembros de Cristo?... Huid la fornicación... ¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, qué está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que, por tanto no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio. Glorificad, pues, a Dios en vuestro cuerpo (1 Cor. 6, 15).

— Los que viven según la carne no pueden agradar a Dios... Si vivís según la carne, moriréis; mas, si con el espíritu mortificáis las obras del cuerpo, viviréis (Rom. 8, 8 y 13).

— Andad en el espíritu y no déis satisfacción a la concupiscencia de la carne. Porque la carne tiene tendencias contrarias a las del espíritu, y el espíritu tendencias contrarias a las de la carne (Gál. 5, 16-17).

— La fornicación y cualquier género de impurezas ni siquiera se nombre entre vosotros (Ef. 5, 3-7), quienes tales cosas hacen, no heredarán el reino de Dios (Gál. 5, 19-21).

— No os engañéis; nadie puede burlarse de Dios... el hombre recogerá lo que haya sembrado. El que siembra en la carne recogerá de la carne la corrupción y el que siembra en el espíritu recogerá del espíritu la vida eterna (Gál. 6, 9-10).

— No apaguéis en vosotros el Espíritu Santo (1 Tes. 5, 19) (por el pecado mortal).

— ¡Oh, que bella es una generación casta con esclarecida virtud! Inmortal es su memoria y su honor delante de Dios y de los hombres (Sab. 4, 1).

— Después de la resurrección, en aquella vida di-

chosa y bienaventurada, no habrá casamientos ni bodas, sino todos serán como ángeles de Dios (Mt. 22, 30).

— La voluntad de Dios es que seamos santos y castos..., absteniéndolos de la impureza, conservando vuestros cuerpos en santificación y honor, porque no nos ha llamado Dios para la inmundicia, sino para la santificación (1 Tes. 4).

La castidad es una joya de inestimable valor, virtud que pregonadora entereza, limpieza y honestidad de cuerpo y alma.

La castidad es una virtud engélica, austera y delicada que se opone a toda delectación carnal e impura mientras sea ilícita.

Grandes son las tentaciones de la carne, y el que se deja llevar de ellas muere para las virtudes y crece para los vicios.

El hombre impuro, dice San Agustín, en vez de espiritualizar su cuerpo, materializa el alma. El pecado torpe envilece, degrada y esclaviza, y como dice Santo Tomás “aleja al hombre infinitamente de Dios”. “El que empieza a entregarse al vicio de la impureza, empieza también a alejarse de la fe (S. Ambrosio) y pierde la paz, la alegría y envilece el amor. La pérdida de la pureza acarrea la ruina de la salud corporal y espiritual y perturba el sistema nervioso.

Casto es aquel que con un amor venció otro amor. El apoyo en amor a Dios es el motor indispensable de la vida sobrenatural.

Medios para conservar la castidad: Vencimientos, fortificar la voluntad, oración, devoción a la Santísima Virgen, huida de ocasiones, el trabajo evitando la ociosidad y frecuencia de sacramentos.

Cielo

— Somos forasteros y peregrinos sobre la tierra (Heb. 11, 13). (Nuestra verdadera patria es el cielo, pues) no tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna (Heb. 13, 14).

— Vivimos con la esperanza de que un día como hijos de Dios apareceremos con Cristo en aquella gloria (Col. 5, 4). Esta es la promesa que Dios nos hizo: la vida eterna (1 Jn. 2, 25).

— Dentro de poco tiempo he de abandonar esta tienda de mi cuerpo (2 Ped. 1, 14). Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha de mano de hombre (2 Cor. 5, 1).

— Alegraos en aquel día y regocijaos (los pobres, los que sufren, los limpios de corazón...), pues vuestra recompensa será grande en el cielo (Lc. 6, 23).

— (El cielo es eterno): Los justos irán a la vida eterna (Mt. 25, 46); tenemos casa eterna en el cielo (1 Cor. 5, 1). Allí estaremos siempre con el Señor (1 Ter. 4, 17) y le veremos tal cual es (1 Jn. 3, 2), cara a cara (1 Cor. 13, 12). Los justos vivirán eternamente, y su galardón está en el Señor (Sab. 5, 16).

— (La dicha de cielo es indescriptible): Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman (2 Cor. 2, 9).

El cielo, morada de Dios y de los santos, es una realidad de la que nos habla a cada paso la Escritura Santa y en él hemos de entrar por muchas tribulaciones (Hech. 14, 22), mediante el cumplimiento de los mandamientos divinos (Mt. 19, 17), con vencimientos de las pasiones, con el desprendimiento del corazón de los bienes de la tierra. “En el cielo ha de ser tu mirada; por eso has de mirar todas las cosas de la tierra como quien está de paso” (Kempis).

Consejo

— No hagas nada sin consejo, y después de hecho no tendrás que arrepentirte (Eclo. 32, 23).

— Trata de conocer a tus prójimos en cuanto te sea posible y aconséjate de los sabios (Prov. 9, 21).

— Frústranse los planes donde no hay consejo, pero se logran por el consejo de muchos (Prov. 15, 22).

— La ciencia del sabio crece como una inundación, y un consejo es como una fuente de vida (Eclo. 21, 16).

— ¡Cuán bien sientan a los cabellos blancos el juicio, y a los ancianos el consejo! ¡Qué bien la sabiduría a los ancianos, y la inteligencia y el consejo a los nobles! (Eclo. 25, 6-7).

— El consejero mantiene su consejo, pero hay quien aconseja en interés propio. No te fies de consejeros; mira antes de qué necesitan, no te aconsejen en provecho suyo... No te aconsejes de quien te envidia, ni descubras tus planes a tu émulo... Y en estas cosas ora al Altísimo para que enderece tu camino por la verdad. El principio de toda obra es la razón, pues a toda empresa precede el consejo (Eclo. 37, 7-20).

— Al necio le parece derecho su camino, el sabio atiende a los consejos de los sabios (Prov. 12, 15).

— Sigue el consejo de los prudentes y no desprecies ningún buen consejo. En todo tiempo bendice el Señor Dios y pídele que tus caminos sean rectos y todos tus sendas y consejos vayan bien encaminados; porque no es del hombre el consejo; sólo el Señor es quien da todos los bienes... (Tob. 4, 17-19).

— Bienaventurado el hombre que no sigue el consejo de los malvados... (Sal. 1, 1).

Aquí podemos considerar dos cosas: 1ª cómo aparece más acertado el consejo imparcial de los ancianos, por tener éstos más experiencia. Recuérdese el consejo dado a Roboán por los jóvenes y a los ancianos de Israel (1 Rey. 12).

2ª Cómo Dios confunde a veces el consejo de los impíos. Recuérdense los consejos dados por Aquitofel y por Cusai y Absalón, y cómo triunfó el de éste contra el de Aquitofel, porque Dios estaba al lado de David y así lo había dispuesto (2 Sam. 17).

Muchos proyectos hay en la mente del hombre, pero es el consejo de Yahvé el que permanece (Prov. 19, 21).

Corrección

— Escucha el consejo y acoge la corrección, para que seas sabio en lo futuro (Prov. 19, 20).

— El que escucha la corrección saludable tendrá su puesto entre los sabios. El que tiene en poco la corrección menosprecia su alma, el que la escucha adquiere entendimiento (Prov. 15, 31-32).

— El petulante no quiere que le corrijan, por eso no anda con los sabios (v. 12).

— No reprendas al petulante, que te aborrecerá; reprende al sabio y te lo agradecerá. Da consejo al sabio y se hará más sabio todavía (Prov. 9, 7-8).

— El que ama la corrección, ama la sabiduría. El que odia la corrección, se embrutece (Prov. 12, 1).

— La vara y el castigo dan sabiduría, el muchacho consentido es la vergüenza de su madre... Corrige a tu hijo y te dará contento y hará las delicias de tu alma (Prov. 29, 15 y 17).

— Odia a su hijo el que da paz a la vara, el que le ama se apresura a corregirle (Prov. 13, 24).

Se da por supuesto que el niño tiene defectos. Contra las auto-pías de Rousseau está la experiencia diaria de cualquier padre. Y estos defectos hay que limarlos, corregirlos. Quien mimas, en lugar de corregir, no ama, sino “odia”, quiere mal a su hijo (Dr. V. Cruaños).

“Antes de informarte no reprendas, explora primero y luego corrige” (Eclo. 11. 7). *“El que aborrece la represión va por los pasos del pecador; el que teme al Señor se convierte de corazón* (Eclo. 21, 7).

— No desdeñes, hijo mio, las lecciones de tu Dios; no te enoje que te corrija porque al que ama le corrige y aflige al hijo que le es más querido (Prov. 3, 11-12).

Las pruebas que Dios envía a los justos, a los que ama, están ordenadas a la corrección de sus defectos y al despego de los bienes caducos de este mundo.

DIOS *(Ideas doctrinales)*

— *Hay un solo Dios.* No hay más Dios que uno solo (1 Cor. 8, 4). Sepan todos los pueblos de la tierra que el Señor es Dios y no hay otro (1 Rey. 8, 60).

— Así habla Yahvé: Yo soy Dios, Yo, y no hay otro. Yo soy Dios y no tengo igual; Yo anuncio desde el principio el porvenir, y de antemano lo que no se ha hecho (Is. 469).

— Mi nombre es Yahvé: YO SOY (Ex. 3, 14-15).

El nombre de Dios en hebreo es *Yahvé* (otros dicen *Jehová*). Así se definió Dios a sí mismo cuando desde la zarza que ardía sin consumirse dijo a Moisés: “YO SOY *Yahvé*”. Dios habló en primera persona: EHYEH = YO SOY, y nosotros lo de nominamos en tercera persona: YAHVE = EL QUE ES. Dios

es “el que es”, el ser por esencia, el ser eterno, el que es y será siempre por la fuerza de su ser.

En sentido histórico significa: “El que está con nosotros para auxiliarnos, defendernos y hacernos felices.

— *Dios es el creador de cuanto existe.* Así dice Yahvé, tu Redentor: Yo soy Yahvé, el que lo ha hecho todo (Is. 44, 24).

— Al principio creó todos los cielos y la tierra (Gén. 1, 1). En seis días hizo Yahvé los cielos y la tierra, el mar y cuanto en ellos se contiene (Ex. 20, 11).

— Digno eres, Señor, Dios nuestro, de recibir la gloria, el honor y el poder, porque tu creaste todas las cosas y por tu voluntad existen y fueron creadas (Apoc. 4, 11).

— *La creación nos habla de Dios y es prueba de su existencia.* Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad: ¿quién los creó?... (Is. 40, 26). Toda casa es fabricada por alguno, pero el hacedor de todas las cosas es Dios (Heb. 3, 4).

— Desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y divinidad, son conocidos mediante las obras... (Rom. 1, 20).

— Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de todos ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice (Sab. 13, 1).

— Pregunta a las bestias y te instruirán, a las aves del cielo y te lo comunicarán; a los reptiles de la tierra y te enseñarán, y te lo haran saber los peces del mar. ¿Quién no ve en todo esto que es la mano de Dios quien lo hace, de la cual dependen el alma de

todos los vivientes y el espíritu de todos los hombres? (Job. 12, 7-9).

— Los cielos pregonan los gloria de Dios y el firmamento la obra de sus manos (Sal. 19, 2-3).

— *Dios es nuestro Padre*. Tu, oh Dios, eres nuestro Padre, y “Redentor nuestro” es tu nombre desde la eternidad (Is. 63, 16).

— (Jesucristo nos enseñó a llamarlo nuestro Padre): Así habéis de orar vosotros: PADRE NUESTRO que estás en los cielos...” (Mt. 6, 9).

— El da la vida, el aliento y todas las cosas (Hech. 17, 25). Ved qué amor nos ha manifestado el Padre: que seamos llamados hijos de Dios, y que lo seamos (1 Jn. 3, 1).

— El hijo honra a su padre y el siervo teme a su Señor. Pues si Yo soy Padre, dónde está mi honra? Si Yo soy Señor, ¿dónde está mi temor? dice Yahvé (Mal. 1, 6).

— *Dios es eterno* (Siempre ha existido y existirá). Tu siempre el mismo, y tus años no tienen fin (Sal. 102, 28).

— Tu, oh Dios, eres antes que fuesen los montes y se formara la tierra y el orbe: eres desde la eternidad a la eternidad (Sal. 90, 2).

— *Dios es omnipotente* (Hace cuanto quiere). Para Dios nada hay imposible (Lc. 1, 36).

— Así dice Yahvé: Yo soy el Señor, el que ha hecho todas las cosas, el que solo despliega los cielos y afirma la tierra sin ayuda de nadie (Is. 44, 24).

— El Señor ha hecho cuantas cosas quiso, así en el cielo como en la tierra (Sal. 135, 6).

— *Dios es providente*. (Cuida de todos): El ha hecho al pequeño y al grande e igualmente cuida de

todos (Sab. 6-7). Hace salir el sol sobre buenos y malos y llueve sobre justos e injustos (Mt. 5, 45).

— No os inquietéis por vuestra vida, por lo que habéis de comer o beber, ni por vuestro cuerpo, por lo que habéis de vestir... (Dios cuida de las aves y de los lirios del campo, ¡cuánto más de nosotros!).

— Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura (1 Ped. 5, 7).

— Echad sobre El todos vuestros cuidados, puesto que se preocupa de vosotros (1 Ped. 5, 7).

— En todas tus empresas piensa en Dios, y El dirigirá tus caminos (Prov. 3, 6).

Dios es inmenso (Está en todas partes): Los ojos del Señor están en todas partes, observando a los buenos y a los malos (Prov. 15, 3).

— Todas las cosas están patentes y manifiestas a los ojos de Dios (Heb. 5, 13).

— Grande y poderoso es nuestro Señor, y su inteligencia es inenarrable (Sal. 147, 5).

— Dios no está lejos de nosotros, porque en el vivimos, nos movemos y existimos (Hech. 17, 27).

— Oh Dios... ¿a dónde huir de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tu; si bajare al abismo, allí estás presente... Si dejare, las tinieblas me ocultarán..., tampoco las tinieblas son oscuras para Ti, y la noche luciría como el día, pues tinieblas y luz son iguales para Ti (Sal. 139).

— Por mucho que uno se esconda en escondrijos, ¿no lo verá yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?, dice el Señor (Jer. 23, 23-24).

Dios es omnisciente. (Todo lo sabe): Los ojos del Señor están en todas partes, observando a los buenos y a los malos (Prov. 15, 3).

— Todas las cosas están patentes y manifiestas a los ojos de Dios (Heb. 5, 13).

— Grande y poderoso es nuestro Señor, y su inteligencia es inenarrable (Sal. 147, 5).

— Dios no está lejos de nosotros, porque en el vivimos, nos movemos y existimos (Hech. 17, 27).

— Oh Dios... ¿a dónde huir de tu presencia? Si subiera a los cielos, allí estás tu; si bajare al abismo, allí estás presente... Si dejere, las tinieblas me ocultarán..., tampoco las tinieblas son oscuras para Ti, y la noche luciría como el día, pues tinieblas y luz son iguales para Ti (Sal. 139).

— Por mucho que uno se esconda en escondrijos, ¿no lo veré yo? ¿No lleno Yo los cielos y la tierra?, dice el Señor (Jer. 23, 23-24).

Dios es omnipotente. (Todo lo sabe): Los ojos del Señor son mil veces más claros que el sol y ven todos los caminos de los hombres y penetran hasta los lugares más escondidos. Antes que fueran creadas todas las cosas, ya las conocía Él, y lo mismo las conoce después de acabadas (Eclo. 23, 28-29).

— El Espíritu del Señor llena el universo, y el que todo lo abarca, tiene conocimiento de cuanto se dice... Cuadaos, pues, de murmuraciones inútiles, preservaos de la lengua mal hablada, porque la palabra más secreta no quedará impune (Sab. 1, 7 y 11).

— Tortuoso es el corazón sobre todo y perverso. ¿Quién podrá conocerlo? Yo, Yahvé que escudriño los corazones y examino sus efectos para re-

tribuir a cada uno según sus caminos, según el fruto de sus obras (Jer. 17, 9 y 10).

— Oh, Yahvé, Tú me penetras y me conoces; Tu conoces cuando me siento y cuando me levanto, y de lejos entiendes mi pensamiento. Disciernes cuando camino y cuando descanso, te son familiares todas mis sendas. Pues aún no está la palabra en mi lengua, y ya Tu, Yahvé, lo sabes todo (Sal. 139. 1-4).

— ¿Hasta cuándo los malvados triunfarán, proferirán necedades con lenguaje arrogante todos los obradores de iniquidad? Oprimen a tu pueblo, Yahvé, y devastan tu heredad; asesinan a las viudas y al extranjero, y matan a los huérfanos. Y dicen: “El Señor no lo ve, el Dios de Jacob nada más sabe.

— Entendedlo necios del pueblo, insensatos, ¿cuándo discurriréis? El que plantó el oído ¿no va a oír?; el que formó el ojo ¿no va a ver? El que educa a los pueblos ¿no va a castigar? El Señor conoce los pensamientos de los hombres y sabe cuán vanos son (Sal. 94, 3-11).

Dios es inmutable. Yo soy Yahvé, soy inmutable (Mal. 3, 6). En El no se da mudanza ni sombra de alteración (Sant. 1, 17).

— Desde el principio fundaste la tierra, y obra de tus manos son los cielos; pero éstas perecerán y Tú permanecerás, mientras todos se gastan como un vestido. Los mudas como un vestido y se cambien. Pero Tú siempre eres el mismo y tus años no tienen fin (Sal. 102, 26-28).

Dios es paciente, misericordioso y justo. Dios hace como que no ve nuestros pecados por esperarnos a penitencia (Sab. 11, 24).

— Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez. 33, 11).

— El ha de pagar a cada uno según sus obras... porque para Dios no hay acepción de personas (Rom. 2, 6-15) (Ved “*Misericordia*” y “*Paciencia*”).

Dios es espíritu. Dios es espíritu, y los que le adoran han de adorarle en espíritu y en verdad (Jn. 4, 24).

— El Señor es espíritu, y donde está el Espíritu del Señor, allí hay libertad (2 Cor. 3, 17).

— (Dios) habita una luz inaccesible, a quien ningún hombre vio ni pudo ver (1 Tim. 6, 16).

Dios es feliz, no necesita nada. (Dios es) EL BIENAVENTURADO y solo Poderoso, Rey de reyes y Señor de los señores (1 Tim. 6, 15).

— Contempla el cielo y mira... Si multiplicas tus pecados, ¿qué perjuicio causas a Dios?, y con ser justo ¿qué le das? ¿qué recibe El de tu mano? A un hombre como tu perjudica tu mal obrar, a un hijo de hombre aprovecha tu justicia (Job. 35, 5-8).

— El Dios que hizo el mundo..., siendo Señor del cielo y de la tierra... no por manos humanas es servido como si necesitase de algo, siendo El mismo quien da a todos la vida (Hech. 17, 24-25).

Debemos glorificar a Dios. Todo fue creado por El y para El, para que todas las cosas le glorifiquen. El es antes que todo y todo subsiste en El (Col. 1, 16).

— Dad gracias al Señor, porque es bueno, porque es eterna su misericordia, ¿Quién podrá contar todo lo que poderosamente hizo y darle toda la alabanza que merece? (Sal. 106, 1-2).

— Honra al Señor con corazón generoso (Eclo. 35, 10), bendice a tu Hacedor, ya que te regaló con sus bienes (Eclo. 106, 1-2).

— ¿Qué tienes que no hayas recibido (de Dios)? y si lo recibiste ¿de qué te glorías como si no lo hubieses recibido? (1 Cor. 4, 7).

En Dios todo es grande, todo es infinito; mas entre sus atributos uno de los que mas resalta es su misericordia (Véase "*Misericordia*") y su presencia en todas partes. "La presencia de Dios es un remedio contra todos los vicios" (S. Basilio). "Pecad donde estéis seguros que no está Dios. ¡Ah! ningún lugar hay fuera de este ser infinito" (San Bernardo).

José en Egipto se vio violentamente atacado de una tentación impura, recuerda la presencia de Dios y queda victorioso: "*¿Cómo, dice, puedo hacer este mal y pecar ante mi Dios?* Si pensásemos que Dios no ve, nunca o casi nunca pecaríamos (Santo Tomás). El olvido de Dios es causa de todos los males...

Glorifiquemos a Dios. Glorificad es conocerle, amarle, darle gracias y alabarle por sus infinitas perfecciones.

"La gloria de Dios es gloria nuestra. No crece Dios con nuestras alabanzas, ni se hace mejor porque le alabes, ni peor si le vituperas. Tú alabándole, te haces mejor, y vituperándole te haces peor. El sigue siendo el mismo (S. Agustín).

Dolor

— *Origen del dolor.* Así, pues, como por un hombre (por Adán) entró el pecado en el mundo, y por el pecado (el dolor y) la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos habían pecado (en Adán) (Rom. 5, 12).

— *También nuestros pecados personales son dignos de castigo:* Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados, pero Este ningún mal ha hecho (Lc. 23, 41).

— No nos dejemos llevar de la impaciencia por lo que padecemos; antes bien, considerando que estos

castigos son menores que nuestros pecados, creamos que los azotes del Señor, con que como esclavos somos corregidos, nos han venido para enmienda, y no para nuestra perdición (Judit. 8, 26-27).

— *Jesucristo inocente nos redimió con el sufrimiento*: Cristo padeció por nosotros, dándonos ejemplo para que sigamos sus pasos. El, que no cometió pecado, ni en cuya boca se halló engaño, ultrajado, no replicaba con injurias, y atormentado no amenazaba, sino que lo remitía al que juzga con justicia.

Llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero (de la cruz), para que, muertos al pecado, viviéramos para la justicia, y por sus heridas hemos sido curados (1 Ped. 2, 21-24).

— Me amó y se entregó a la muerte por mi (Gál. 2, 20). Es víctima de propiciación por nuestros pecados y los de todo el mundo (1 Jn. 2, 2).

— Cristo fue despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores, familiarizado con el sufrimiento... Fue El ciertamente quien tomó sobre sí nuestros sufrimientos y cargó con nuestros dolores... Fue traspasado por nuestras iniquidades y molido por nuestros pecados... (Is. 53, 3-5).

— (Jesús nos dice): El que quiera venir en pos de mi, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame (Mt. 16, 24), pues padeciendo con El seremos con El glorificados (Rom. 8, 17).

Dios prueba a las almas justas con el dolor. Porque el Señor a quien ama le reprende, y azota a todo el que recibe por hijo (Heb. 12, 6).

— Te prueba Yahvé, tu Dios, para saber si le amas con todo tu corazón y con toda tu alma (Dt. 13, 3).

— Aguarda con paciencia lo que esperas de Dios... Acepta todo cuanto te enviare, en los dolores sufre con constancia y lleva con paciencia tu abatimiento. Pues como en el fuego se prueba el oro, así los hombres aceptos se prueban en la fragua de la humillación (Eclo. 2, 3-5).

— Después de un ligero castigo serán colmados de beneficios, porque Dios los probó y los halló dignos de sí. Como el oro en el crisol los probó (Sab. 3, 5-6).

— Habéis de alegraros en la medida en que participéis en los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo. Bienaventurados vosotros si por el nombre de Cristo sois ultrajados... (1 Ped. 4).

— En el mundo tendréis grandes tribulaciones, pero tened confianza, Yo he vencido al mundo (Jn. 16, 23).

Bienaventurados seréis cuando los hombres por mi causa os maldijeran y os persiguieran... Alegraos y regocijaos, porque es muy grande la recompensa que os aguarda en los cielos (Mt. 5, 10- 12).

— Todos lo que quieran vivir piadosamente, siguiendo a Cristo, padecerán persecuciones (2 Tim. 3, 12).

— Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos (Hech. 14, 21).

— Bienaventurado aquel que padece la tentación (o tribulación) con paciencia, porque después de que fuese probado recibirá la corona de la vida, que Dios ha prometido a los que le aman (Sant. 1, 12).

— Tengo por cierto que los padecimientos del

tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Rom. 8, 18).

— Pues por la momentanea y la ligera tribulación Dios nos prepara un peso eterno de gloria incalculable (2 Cor. 4, 17).

Para comprender algo el misterio del dolor humano, tenemos que mirar a Cristo crucificado, pues sólo a la luz de sus sufrimientos sabremos ofrecerle los nuestros. Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras (1 Cor. 15, 13). El pecado tiene en cierto modo una malicia infinita, y sólo un Dios hecho hombre pudo satisfacer debidamente por él.

Como dice Juan Pablo II “El pecado es la raíz más honda de todos los males en la historia de los hombres”. Y ¿por qué Jesucristo no buscó otro medio exento del dolor para redimirnos? Este misterio no tiene otra explicación que su gran amor a los hombres. Así nos está revelado: “*Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo... para que el mundo sea salvo por El*” (Jn. 3, 16 s).

El amor de Dios hacia nosotros se manifestó en que Dios envió a su Hijo Unigénito... como propiciación por nuestros pecados” (1 Jn. 4, 9-10).

Cuando te toque sufrir: mira a Jesús crucificado y no te quejarás jamás”. Cuando se sufre, como dijo Pablo VI y nos repite Juan Pablo II, debemos hacer intención de sufrir por Cristo y unir nuestros dolores a los suyos para ser portadores de méritos redentores.

“Si quieres que los demás te sufran, sufre tú a los demás” (Kempis). El dolor no se discute, se acepta y se besa. *Hágase tu voluntad*. Conformemos nuestra voluntad con la de Dios.

Embriaguez

— El vino desde el principio fue creado para alegría, no para embriaguez. Recrea el alma y el cora-

zón el vino bebido moderadamente. El beberle con templanza es salud para el alma y para el cuerpo.

— El demasiado vino causa contiendas, iras y muchos estragos. Amargura del alma es el vino bebido con exceso. La embriaguez hace osado al necio para ofender: quita las fuerzas y es ocasión de heridas.

— En una reunión de bebedores no reproches a nadie y no trates con desdén a uno mientras está ebrio. No le ultrajes ni le apremies con reclamaciones (Eclo. 31, 35-42).

— El dado a la embriaguez jamás se hará rico...; el vino y las mujeres extravían a los sensatos. El que frecuenta las meretrices se hará un desvergonzado, la corrupción será su herencia, y el procaz va a la ruina (Eclo. 19).

— La mujer que se embriaga es del todo enojosa, que no ocultará su vergüenza (Eclo. 26, 11).

— No mires mucho el vino cuando rojea y cuando espuma en el vaso; él entra suavemente, pero al fin muerde como culebra y esparce veneno como el aspid. Y tus ojos verán cosas extrañas y hablarás sin concierto (Prov. 23, 31).

— Estad atentos, no sea que se emboten vuestros corazones por la crápula, la embriaguez y las preocupaciones de la vida, y de repente venga sobre vosotros... la ruina (Lc. 21, 34).

— No os entreguéis con exceso al vino, fomento de la lujuria (Ef. 5, 18).

— El vino es petulante y los licores alborotadores, el que por ellos va haciendo eses no hará cosa buena (Prov. 20, 1).

El que tiene el vicio de embriaguez “no hará cosa buena”, pues el vino y los licores son enemigos de la sabiduría. “Donde entra el beber, sale fuera el saber”.

Los textos bíblicos citados nos enseñan cuán gran mal es la embriaguez. Si eres dado a la bebida, medita y no vendas tu libertad de hombre por unos sorbos de veneno. El borracho reincidente, el acohólico empedernido nos ofrece el triste y repugnante espectáculo de caerse en cualquier parte y quedar tendido en la calle, sobre el polvo, en un charco... ¡Han perdido el equilibrio y las fuerzas! ¡Cuántos por darse a la bebida han sucumbido y dejado de ser hombres!

Si eres propenso a la bebida, sigue este consejo: Fortifica tu voluntad. No consientas que se vean baldadas tus nobles potencias humanas; no te acerques, fascinado, vencido a la bebida seductora, no bebas en un día el fruto de muchos días de trabajo, no hagas desgraciada a tu familia. Resiste. Imita a otros bebedores, que se dieron cuenta de su insensatez y cambiaron. Ejemplo: *Matt Talbot*...

El vino tomado con sobriedad es bueno. San Pablo lo recomendaba a su discípulo Timoteo con un poco de agua para las enfermedades del estómago (1 Tim. 5, 23).

Envidia

— No tengas envidia del malvado ni desees ponerte en su lugar, porque su corazón maquina la ruina y sus labios hablan más que para dañar (Prov. 24, 1-2).

— El corazón apacible es vida del cuerpo y la envidia es carcoma de los huesos (Prov. 14, 30).

— Cruel es la ira, furiosa la cólera, pero ¿quién podrá parar ante la envidia? (Prov. 27, 4).

— La envidia y la cólera abrevian los días, y los cuidados traen vejez prematura (Ecl. 30, 26).

— No seamos envidiosos de vanagloria, provo-

cándonos los unos a los otros, y recíprocamente envidiándonos (Gal. 5, 26).

— No envidies la gloria del pecador, porque no sabes cuál será su suerte (Prov. 9, 16). Persevera siempre con el temor de Yahvé (Prov. 23, 17).

La prosperidad de los malos es pasajera. Tu persevera en la práctica de la Religión, porque tu esperanza no se verá defraudada; la felicidad del cielo será tu recompensa.

Envidia es un pesar del bien ajeno, es el odio por la felicidad de los demás (S. Agustín). Este es un pecado mezquino y miserable. La más baja y odiosa de las pasiones; y de ella nacen el odio, la ira, la venganza... Ejemplos: Caín por envidia mató a su hermano Abel. Los hermanos de José vendieron a éste... El que denuncia por envidia o hace injustamente mal a otros con pérdida de bienes, está obligado a repararlo.

“La envidia es invención de Satanás” (S. J. Crisóstomo).

Contra envidia, caridad... Hemos de alegrarnos del bien de los demás. La dulzura, la mansedumbre, la bondad y la caridad destruyen este vicio. Huyamos de él.

Escándalo

— Dijo Jesús a sus discípulos: Es inevitable que haya escándalos; sin embargo, ¡ay de aquel por quien vengan! Mejor le fuera que le atasen al cuello una rueda de molino y le arrojasen al mar antes que escandalizar a uno de estos pequeños (Lc. 17, 1-2).

— ¡Ay del mundo por los escándalos! Porque no puede menos de haber escándalos (dada la malicia del mundo); pero ¡ay de aquel por quien viniera el escándalo! (Mt. 18, 7). ¡Ay del pecador que va por doble camino ! (Eclo. 2, 14).

— Los pies (de los escandalosos) corren tras el mal y se dan prisas a derramar sangre inocente. Sus pensamientos son pensamientos de iniquidad, y a su paso dejan el estrago y la ruina (Is. 59, 7).

— El que siembra iniquidad cosecha desventura y todos sus afanes son vanos (Prov. 22, 8).

— El que extravía a los rectos de la buena senda caerá en el mismo precipicio pero los perfectos herederán el bien (Prov. 28, 10).

— ¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Alejad la vieja levadura para ser masa nueva (1 Cor. 5, 6-7).

El escándalo es un mal ejemplo que arrastra a otros al mal, y puede producirse con palabras, con malos ejemplos, pinturas indecentes, actos de ira, de impurezas, omisión de sacramentos...

Un padre vg. que blasfema, que no va a Misa..., es ocasión de que sus hijos le blasfemen y no cumplan con las leyes de Dios y de su Iglesia... El escándalo es como el fermento que corrompe toda la masa, es como la peste o epidemia que causa estragos... Los blasfemos, los pecadores públicos, todos son en general escandalosos.

— Grande fue el crimen de Caín, pero mayor es el del escandaloso que mata el alma con infames ejemplos... El escándalo se debe reparar con relación a Dios con el arrepentimiento y la penitencia; y respecto al prójimo con el buen ejemplo...

Esperanza

— Espera en el Señor y practica el bien (Sal. 37, 3). El que espera en Dios es feliz (Prov. 16, 20).

— Esta es la promesa que El nos hizo, la vida eterna (1 Jn. 2, 25). Mantengámonos firmes en la es-

peranza, porque es fiel es que la ha prometido (Heb. 10, 23).

— Porque en esperanza somos salvos; mas la esperanza que se ve no es esperanza, porque lo que uno ve ¿cómo puede esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos (Rom. 8, 24-25).

— Dios por su misericordia nos ha regenerado con una viva esperanza, mediante la resurrección de Jesucristo de entre los muertos para alcanzar una herencia incorruptible, incontaminada e inmarcesible, que nos está reservada en el cielo (1 Ped. 1, 3-4).

— Oh, Señor, en Ti tengo puesta mi esperanza: no quede yo para siempre confundido (Sal, 31, 1).

Los cristianos vivimos con una firme esperanza de conseguir el cielo o vida eterna, porque Dios omnipotente y bueno nos la ha prometido, y porque El es fiel en sus promesas y no miente (Tit. 1, 1-2).

— El fundamento de nuestra esperanza es la fe o creencia en la promesa divina. Sin la fe es imposible esperar ni amar. Si, yo no creo que hay un Dios que me ha creado y me promete un cielo eterno, ¿cómo podía esperar en El?

El labrador vive con la esperanza de recoger el fruto de la tierra que ha sembrado (Sant. 5, 7-8); así nosotros hemos de vivir obrando el bien y esperando aquella vida que Dios ha de dar a los que no abandonan su fe.

“La esperanza de la vida eterna, inmortal, es la vida de la vida mortal” (San Agustín). Si nuestra esperanza se limitase solamente a esta vida, seríamos los más miserables de todos los hombres (1 Cor. 15, 19); pero nosotros ya vivimos como ciudadanos del cielo, de donde asimismo esperamos al Salvador, nuestro Señor Jesucristo (Fil. 3, 20).

El pecador también tiene motivos para esperar en Dios misericordioso, que dice con juramento: *No quiero la muerte del pecador...*

Espíritu Santo

— ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros... El templo de Dios es santo, y ese templo sois vosotros (1 Cor. 3, 16).

— Vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros (Id. 6, 19).

— No apaguéis el Espíritu Santo (arrojándolo de vosotros por el pecado mortal) (1 Tes. 5, 19).

— Si me amáis guardaréis mis mandamientos; y Yo rogaré al Padre, y os dará otro Abogado, que estará con vosotros para siempre: el Espíritu de verdad...

El abogado, el Espíritu Santo..., ese os lo enseñará todo (Jn. 14, 17 y 26).

— Recibiréis el poder del Espíritu Santo y seréis mis testigos en Jerusalén... y hasta los confines de la tierra (Hech. 1. 8).

— Los frutos del Espíritu Santo son: caridad, gozo, paz, longanimidad, afabilidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza (Gál. 5, 22).

El espíritu Santo, tercera Persona de la Santísima Trinidad (Mt, 28, 19), es *Dios verdadero*, como el Padre y el Hijo (Hech. 5, 3-5) y a El se le atribuyen los atributos y prerrogativas de la divinidad, pues El penetra las cosas más íntimas de la divinidad (1 Cor. 2, 10-11); todas las cosas fueron hechas por Dios, por el Espíritu de su boca (Sal. 33, 6); el Espíritu del Señor llena el mundo universo (Sab. 1, 7)...

El Espíritu Santo es el "Espíritu del Padre" (Mt. 10, 20) y es también el "Espíritu del Hijo" (Gál. 4, 6). Por ser Dios como el Padre y el Hijo y proceder de ellos, "recibe la misma adoración y gloria".

El Cardenal Mercier recomendaba mucho la devoción al Espíritu Santo y dijo: "Yo vengo a revelarte un secreto de San-

Si tu haces esto, tu vida será siempre feliz y llena de consuelo, aún dentro de tus penas, pues la gracia será proporcionada a la prueba, dándote la fuerza de llevarla y tu llegarás a la puerta del Paraíso cargada de méritos.

Eucaristía

Promesa de la Eucaristía:

— Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo y que da vida al mundo; quien comiere de este pan vivirá para siempre, Y el pan que Yo daré es mi carne. El que come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna y Yo le resucitaré en el último día, Mi carne es verdadero alimento y mi sangre verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, vive en Mi y Yo en él (Jn. 51-57).

— *Jesucristo instituye la Eucaristía:* Jesús tomó pan, lo bendijo, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo: Tomad y comed, ESTO ES MI CUERPO, que será entregado por vosotros... haced esto en conmemoración mía (Mt. 26, 26-28) (Lc. 22, 19).

tividad y de dicha. Si todos los días durante cinco minutos tu sabes hacer callar tu imaginación, cerrar tus ojos a las cosas sensibles y tus oídos a todos los ruidos de la tierra para ensimismarte en ti misma y allí, en el santuario de tu alma bautizada que es precisamente el templo del Espíritu Santo, hablando a este Divino Espíritu y diciéndole:

¡OH ESPIRITU SANTO, ALMA DE MI ALMA! YO OS ADORO; ILUMINADME, GUIADME, FORTIFICADME, CONSOLADME, DECIDME LO QUE DEBO HACER, DADME VUESTRAS ORDENES; YO OS PROMETO SOMETERME A TODO LO QUE QUERAIS DE MI Y ACEPTAR TODO LO QUE PERMITAIS ME SUCEDA; HACED SOLAMENTE QUE CONOZCA VUESTRA VOLUNTAD Y LA CUMPLA.

— *El que comulga debe estar en gracia:* Quien come el pan y bebe el cáliz del Señor indignamente, será reo del cuerpo y de la sangre del Señor. Examínese, pues, el hombre a sí mismo, y entonces coma del pan y beba del cáliz; pues el que come y bebe sin discernir el cuerpo, come y bebe su propia condenación (1 Cor. 11, 27-29).

— No hay nación tan grande que tenga a sus dioses tan cercanos, como lo está de nosotros nuestro Dios (Dt. 4, 7).

— El Señor está en su templo; calle, pues, y enmudezca toda la tierra en su presencia (Hab. 2, 20). Venid, adorémosle (Sal. 95, 6).

La Eucaristía es el sacramento del cuerpo y sangre de Jesucristo bajo las especies del pan y vino. Jesús había hecho una promesa de dársenos en comida y bebida, y esta promesa la cumplió al instituir la Eucaristía, víspera de su Pasión, y en ella se nos da de un modo real y sacramental.

La Eucaristía es la Hostia consagrada que se expone por el sacerdote en el Sagrario, la que se eleva en la santa Misa para ser adorada de los fieles... “Ten por cierto que ese pan visible no es pan, aunque tal sepa a nuestro paladar, sino el Cuerpo de Cristo... Una vez que El ha dicho del pan, ESTO ES MI CUERPO, ¿quién osará ponerlo en duda?...” (S. Cir. de Jerusalén).

Cristo está presente en la Eucaristía, porque El mismo que es Dios, nos lo dice y su Iglesia nos lo enseña. Así lo dice el Concilio de Trento: “Nosotros creemos en nombre de la Iglesia, que en este Santísimo Sacramento está presente el mismo Dios, hecho hombre, Jesucristo, a quien el Padre Eterno al introducirle en el mundo dijo: “*Adórente todos los ángeles de Dios*”, a quien los Magos postrándose le adoraron, y a quien también, según la Biblia nos lo atestigua, le adoraron los apóstoles en Galilea...”

Por la comunión Cristo viene a nosotros y se hace “uno” con nosotros, y por ser la Eucaristía no un alimento “muerto”, si-

no "vivo" lo que ocurre es que nosotros no cambiamos este alimento vivo en nosotros, sino que El por ser de naturaleza superior, nos cambia a nosotros en El, o sea, en "hombres nuevos", haciéndonos más castos, más humildes, más caritativos, más santos...

Fe

Necesidad de la fe para salvarnos. Jesús les dijo: Id por todo el mundo y predicad el Evangelio a toda criatura. El que creyera y fuera bautizado, se salvará, mas el que no creyere se condenará (Mc. 16, 15-16).

— Sin la fe es imposible agradar a Dios (Heb. 11, 6). El justo vive por la fe (Rom. 1, 17).

— La fe es fundamento de lo que se espera, el argumento (o prueba) de las cosas que no se ven (Heb. 11, 1).

— Todo el que invocare el nombre del Señor será salvo. ¿Pero cómo invocarán a aquel en quien no han creído? ¿Y cómo creerán sin haber oído hablar de El? ¿Y cómo oirán si nadie les predica?... La fe viene por el oído y al oído llega por la palabra de Cristo (Rom. 10, 9-17).

— Como el cuerpo sin el espíritu es muerto, así también la fe sin obras está muerta (Sant. 10, 9-17).

Fe es creer en Jesucristo y en su doctrina, o sea, aceptarla por la autoridad de Dios que la revela y porque la Iglesia nos la enseña. La fe o creencia en Jesucristo y en su doctrina viene por el oído, esto es, por haber oído hablar de El, y si muchos no conocen a Cristo y su doctrina, ¿quién tiene la culpa de tanta ignorancia religiosa y de la perdición de las almas? Por eso el mismo Cristo mando predicar su Evangelio para la salvación de todos.

El fundamento de nuestra fe es la Biblia o Palabra de Dios interpretada por la Iglesia. Al verdadero cristiano no le basta tener fe, sino que debe vivir la vida de fe. El que tiene simplemente fe, cree en las verdades reveladas, pero las ve como de lejos y en pintura; mas el que tiene espíritu de fe y vive esta vida de fe, las ve de cerca, como si fueran realidad, y las contempla.

Viva es la fe del cristiano que ve, como con los ojos, la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y oye al predicador sagrado como si oyere al mismo Cristo, pues El es el que ha dicho a los predicadores de su Evangelio: *“El que a vosotros oye, a Mi me oye...”* (lc. 10, 16)... *Para acrecentar en nosotros la fe, debemos leer con frecuencia las Sagradas Escrituras...*

La fe debe estar animada de la caridad, porque sin obras buenas es una fe muerta...

Fin del hombre

— ¡Oh Dios! dame a conocer mi fin, y cuál sea la medida de mis días; que sepa cuán caduco soy (Sal. 39, 6).

— Dios señaló al hombre un número contado de días, y le dio el dominio sobre la tierra. Dióle inteligencia, lengua y ojos, para que viera la grandeza de sus obras, para que alabara su santo nombre y pregonara la grandeza de sus obras. Y les dijo: Guardaos de toda iniquidad (Eccl. 17, 3 ss).

En estas palabras se nos dice para que fin ha sido creado el hombre; para glorificar y alabar a Dios, para conocerle y amarle, para servirle, para hacer su voluntad y para guardar sus mandamientos, que todo es una misma cosa. Porque le glorificas conociéndole y amándolo; le amas sirviéndole; le sirves haciendo su voluntad, y ésta la haces cuando guardas sus mandamientos.

— El sabio lo dice así: “Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es todo el hombre”

(Eclo. 12, 13) (Esta es la razón de ser del hombre, para esto ha sido creado).

— ¿Por ventura, no es Dios tu verdadero Padre que te ha creado y te ha formado? (Dt. 32, 6).

Dios pudo no haberme creado, pero supuesta la creación, no ha podido proponerme otro fin que a Sí mismo. Y así, por ser hechura suya, por no tener ser sin El; así no puedo tener el ser que de El he recibido para otro, que para El mismo. A El, pues, debo alabarle, amarle y servirle.

No hay otro bien con que la criatura intelectual pueda ser enteramente feliz, sino Dios. Como dijo San Agustín: “Nos hiciste, Señor, para Ti en inquieto está nuestro corazón mientras no descanse en Ti”. No puedes saciarte con ningún bien temporal; porque no has sido creado para gozar de lo caduco.

Las criaturas son de Dios... No son Dios... Son para Dios... Las criaturas no son mi fin, sino medio para que me ayuden a conseguir mi último fin. No debo poner en ellas mi corazón, sino en Dios. Como decía el Hermano Rafael, Trapense: “La verdadera felicidad no se encuentra en las cosas de la tierra sino en Dios y solamente en El”.

Nuestro fin no es el de los mundanos e impíos, que no esperan en el más allá. Su Dios es el vientre (Fil, 3, 19). *Comamos y bebamos que mañana moriremos (Is. 22, 13); más un día tardío reconocerán su error (Sab. 4 y 5).*

Fortaleza

— Si eres flojo en el día bueno ¿qué fuerza tendrás en el día de la desventura? (Prov. 24, 10).

— Revestíos de toda la armadura de Dios para que podáis resistir a las insidias del diablo... Estad, pues, alerta... (Ef. 6, 11 y 14).

— No nos ha dado espíritu de temor, sino de fortaleza, de amor y de templanza... Lleva con fortaleza los trabajos por la causa del Evangelio (2 Tim. 1).

— Aguardad también vosotros con paciencia, fortaleced vuestros corazones, porque la venida del Señor está cerca (Sant. 5, 8).

— Si amas la justicia, los frutos de la sabiduría son las virtudes, porque ella enseña la templanza y la prudencia, la justicia y la fortaleza, las virtudes mas provechosas para los hombres en la vida (Sab. 8, 7).

La fortaleza es uno de los dones del Espíritu Santo, el que todos necesitamos para salir victoriosos en los embates del enemigo. La fortaleza es una virtud cardinal de suma importancia en la vida espiritual, porque da fuerza al alma para correr tras el bien difícil y nos impulsa a hacer, sin vacilar y sin miramientos, lo que hay que hacer. Sin esta virtud los que hoy son santos no hubieran logrado serlo. Ella nos arma contra la cobardía en el servicio de Dios, contra los obstáculos, tentaciones, dificultades... que hallaríamos en el cumplimiento de nuestros deberes. Si queremos vencer las pasiones necesitamos de esta virtud y fortificar nuestra voluntad.

Gracia divina

— *La gracia divina es un don divino.* Jesús dijo a la samaritana: Si conocieras el don de Dios y quién es el que te dice: Dame de beber, tú le pedirías a El, y El te daría a ti agua viva... Quien bebe de esta agua (del pozo) volverá a tener sed; pero el que bebiere del agua (de la divina gracia) que Yo le diere no tendrá jamás sed (de los placeres y cosas del mundo), sino que el agua que Yo le dé se hará en él una fuente que salte hasta la vida eterna (Jn. 4, 10-14).

— *La gracia es una savia divina.* Jesús dijo: Permaneced en Mi y Yo en vosotros.

Como el sarmiento no puede dar fruto por sí mis-

mo si no permaneciese en la vid, tampoco vosotros, si no permanecierais en Mi. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos. El que permanece en Mi y Yo en él, ése da mucho fruto, porque sin Mi nada podéis hacer. (Es, pues, necesaria la corriente de la “savia” o gracia divina entre Cristo y nosotros) (Jn. 15, 4-5).

— *Debemos cooperar a la gracia.* Dios quiere que todos los hombres se salven y vengan al conocimiento de la verdad (1 Tim. 2, 4) y no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva (Ez. 33, 11) (Si Dios quiere que todos se salven es que a todos da los medios o gracias actuales para que cooperando se salven).

— No todo el que dice, Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de Dios (que se manifiesta al decirnos): Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos (Mt. 19, 17).

— *San Pablo nos da ejemplo de cooperación a la gracia, al decir:* Yo soy el menor de los apóstoles, que no soy digno de ser llamado apóstol, pues perseguí a la Iglesia de Dios. Mas por la gracia de Dios soy lo que soy, y la gracia que me confirió no ha sido estéril, antes he trabajado más que todos ellos, pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo (1 Cor. 15, 9-10).

— *Volveos a Mi y Yo me volveré a vosotros (Zac. 1, 3) (Dios nos invita a la conversión y nosotros debemos cooperar si queremos salvarnos).*

— *¿Por qué debemos vivir en gracia? Porque “somos templos del Dios vivo”. ¿No sabéis que sois templo de Dios y que el Espíritu de Dios habita en vosotros?... (1 Cor. 3, 17). (porque Jesucristo nos dice): Si alguien me ama —si vive en gracia— mi Pa-*

dre le amará y vendremos a él (¿quiénes? las tres divinas personas), y estableceremos dentro de él nuestra morada (Jn. 14, 23), y porque en el alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni morará en cuerpo esclavo del pecado... (Sab. 1, 4-5).

— No somos suficientes nosotros mismos para pensar algo (saludable), sino que nuestra suficiencia viene de Dios (2 Cor. 3, 5). *Todo lo puedo en Aquel que me conforta* (Fil. 4, 15).

La gracia santificante es un don de Dios, es la vida sobrenatural del alma, es como una luz que con su resplandor borra las manchas del pecado, embellece al alma y la convierte en templo del Espíritu Santo. Los que viven en pecado mortal *"tienen el nombre de vivientes, pero en realidad están muertos"* (Apoc. 3, 1). ¡Hay muchos cadáveres ambulantes!

Vivir en pecado mortal es vivir con vida natural, pero privado de la vida sobrenatural o gracia santificante. La gracia santificante es la vida de nuestra alma. *"El cuerpo muere cuanto está separado del alma, y de la misma manera muere el alma cuando llega a estar separada de Dios"* (S. Agustín).

La gracia se adquiere la primera vez por el bautismo; se pierde por el pecado mortal, y se recobra mediante el sacramento de la penitencia...

Vivamos en gracia, por ser lo único necesario y tener más valor que todas las riquezas del mundo. Para permanecer en gracia es necesaria la oración, frecuencia de sacramentos, huida de las ocasiones de pecado...

Gratitud

— Dad en todo gracias a Dios (1 Tes. 5, 18) (y debemos hacerlo porque todo cuanto poseemos y todo lo que somos viene de Dios). ¿Qué tienes que no hayas recibido de El? (1 Cor. 4, 7).

— ¿Qué he de dar al Señor por tantas gracias como he recibido de El (Sal. 116, 12).

— Alaba, alma mía, al Señor, y no olvides jamás sus beneficios (Sal. 103, 1-2).

— Gracias sean dadas a Dios por su inefable don (2 Cor. 9, 15). Te damos gracias, Señor, Dios todopoderoso, el que es, el que era... (Apoc. 11, 17).

No seamos ingratos y tengamos que oír la reprensión del profeta; ¡Oid cielos! ¡Escucha tierra! ¡Que habla Yahvé! Yo he criado hijos y los he engrandecido, y ellos ese han revelado contra Mi. El buey conoce a Dios a su dueño, y el asno el pesebre de su amo; pero mi pueblo no entiende, no tiene conocimiento (Is. 1, 2-3).

“Dice el adagio: No es bien nacido el que no es agradecido”. Ante todo debemos dar gracias a Dios constantemente “siempre y en todo lugar” conformándonos con lo que dispone, sean bendiciones o contrariedades, y a decirle: “*Señor hágase tu voluntad*”.

Jesús curó a diez leprosos: uno sólo volvió a darle gracias. Esta ingratitud de los nueve, la sintió vivamente el Señor al decir: *¿No he curado a diez? ¿En dónde estan los otros nueve?* (Lc. 17, 17). Tampoco abusemos de la gracia y no tengamos que oír: *¿Qué más podía haber hecho por ella que no lo hiciera?* (Is. 2, 5-7).

Gula

— Nosotros, hijos del día, seamos sobrios... (1 Tes. 5, 8), Cuidad que no se ofusquen vuestros corazones en la crápula y en la embriaguez (Lc. 21, 34).

— Los excesos en la comidas producen enfermedades, y la ansiedad produce cólera. Muchos han

muerto por la intemperancia, y el hombre sobrio prolonga la vida (Prov. 37, 33 s).

— Come decentemente lo que te sirvan, y no comas vorazmente e incurras en desprecio. Sé el primero en dejar de comer por cortesía, y no te muestres insaciable para que no te desprecien. Si te sientas en medio de muchos no extiendas el primero tu mano.

— Con poco le basta al hombre bien criado, y así no se siente molesto en su lecho. Sueño tranquilo es el del estómago no cargado; se levantará por la mañana dueño de sí. Dolor, insomnio, fatiga, retortijón son la parte del intemperante (Eclo. 31, 19-24).

— Para la vida son necesarias el agua y el pan, el vestido y la casa para el abrigo de la desnudez (Eclo. 29, 28). Teniendo lo necesario para comer y vestir estemos contentos (1 Tim. 6, 8) (Ved *“Embriaguez”*)

La sobriedad o modernación en el comer y el beber es madre de la salud, de la sabiduría y de la santidad. Dijo un filósofo “Cuando estéis en la mesa considerad que tenéis a dos convidados del cuerpo y el alma. Acordaos de que lo que dáis a vuestro cuerpo desaparecerá pronto, mientras que lo dáis a vuestra alma, durará siempre”.

“La gula es madre de la lujuria..., la sobriedad es amiga de la virginidad y enemiga de la carne corrompida...”. “Hemos de servirnos de las cosas temporales por la necesidad antes que por el gusto, para que merezcamos gozar de las cosas eternas” (S. Agustín).

Aprendamos de Séneca que dijo: “Hay algunos que viven para comer; pero yo como para vivir”.

En los Proverbios leemos: *“Cuando te sientes a la mesa de un Señor, mira bien a quien tienes delante y pon un cuchillo a tu garganta, si sientes mucho apetito* (23, 1-2). *“Cuchillo a la*

garganta” significa: refrena la gula, para que en todo momento seas dueño de ti y puedas obrar con moderación y circunspección.

Haz bien

— No te canses de hacer el bien. Procura vencer el mal a fuerza de beneficios (Rom. 12, 21).

— No hagas el mal y no te alcanzará lo malo (Eclo. 7, 1).

— Hijo mío, según tus facultades, hazte bien a ti mismo (viviendo en gracia) y ofrece al Señor ofrendas dignas (Eclo. 14, 11).

— Antes de tu muerte haz bien al enemigo, y según tus posibilidades extiende (tu mano) y dale (Eclo. 12, 20).

— El que cava la fosa cae dentro de ella, y al que rueda una piedra se le viene encima (Prov. 26, 27).

“Carbones encendidos” quiere decir que nuestra conducta generosa para con los enemigos los llenará de rubor y arrepentimiento como si hubiésemos amontonado ascuas o carbones encendidos sobre su cabeza. Nuestra caridad triunfará de su malicia y se volverán a nosotros con más amor.

“*El que cava la fosa cae dentro de ella*” es un ejemplo con el que se nos demuestra que quien quiere dañar al prójimo él mismo sale perjudicado, pues “el que extravía a los rectos de la buena senda, caerá en su propia sima...” (Prov. 28, 10). He aquí casos célebres en la historia: Amán fue colgado en la horca que había preparado para Mardoqueo (Ester. 7, 10); los acusadores de Daniel fueron arrojados en la fosa de los leones (Dan. 6, 24); los dos viejos que quisieron perder a Susana, sufrieron la misma pena que habían maquinado contra ella (Dan. 13, 62) (Dr. Cruañas).

“Haz bien y no mires a quién, porque el que hace mal a otros, a sí mismo se lo hace y Dios no le bendice. Hacer mal es de corazones ruines. “El bueno no hiere a nadie, no injuria a nadie,

no dice mal de nadie; todo lo contrario, dice bien de todos y a todos sirve" (S. Buenaventura).

Humildad

— La soberbia trae al hombre la humillación, pero el de humilde corazón es ensalzado (Prov. 29, 23).

— El que se ensalza será humillado, y el que humilla será ensalzado (Prov. 3, 7).

— ¿Qué tienes que no hayas recibido (de Dios)? Y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como sino lo hubieses recibido? (1 Cor. 4, 7).

— Cristo Jesús, existiendo en forma (o naturaleza) de Dios... igual a Dios, se anonadó, tomando la naturaleza de siervo y haciéndose semejante a los hombres —menos en el pecado—; y en la condición de hombre se humilló, hecho obediente hasta la muerte y muerte de cruz (Fil. 2, 5-8).

— María dijo: He aquí la esclava del Señor... Dios derribó a los poderosos de sus tronos y ensalzó a los humildes (Lc. 1, 38 y 52).

Humildad es el conocimiento claro de lo que somos sin añadir ni quitar nada (Balmes). Humildad es andar en la verdad, dice Santa Teresa, y la verdad es que no tenemos nada.

El verdadero humilde es el que se reconoce hechura de Dios y que todo cuanto tiene de inteligente, de hermosura, de dignidad de hijo de Dios... lo ha recibido de El y a El lo refiere. "¿Qué tienes de bueno que no hayas recibido de Dios?"

"Muchos tienen la apariencia de la humildad, pero no la virtud" (San Ambrosio). "Una religiosa sin humildad no es religiosa más que de nombre (Santa M. Sofía Barac). Los verdaderos humildes han de seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz para merecer luego ser compañero de gloria (Lg. 41).

Que nos pospongan a los demás, que nos olviden y hasta nos desprecien..., digamos esta sola palabra: "Lo hemos merecido".

“Conócete a ti mismo”. El muy conocido desea ser incógnito, y el desconocido está triste de ser desconocido.

“El que se conoce bien tiene humildes sentimientos de si mismo y no se alegra de las alabanzas de los hombres” (Kempis).

¿Cómo puede el hombre alcanzar la humildad? Considerando solamente sus maldades y no las de los otros (P. del Yermo).
No intentes lucirte, pero intenta siempre dar luz.

Infierno

— *El infierno existe. Jesucristo lo dice así:* Irán estos (los impíos) al suplicio eterno, y los justos a la vida eterna (Mt. 25, 41 ss).

— Murió el rico Epulón y fue sepultado. En el infierno en medio de los tormentos... dijo: Estoy atormentado en estas llamas (Lc. 16, 22-24).

— Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria... se reunirán en su presencia todas las gentes... y dirá a los de la izquierda: Apartaos de Mi, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles (o enviados)... e irán estos al suplicio eterno (Mt. 25, 31-32 y 41).

— El diablo que los extraviaba..., será arrojado en el estanque de fuego y azufre... y serán atormentados día y noche por los siglos de los siglos (Apoc. 20, 10).

— Los infieles, los abominables, los homicidas, los deshonestos, los idólatras, los embusteros tendrán su parte en el estanque que arde con fuego y azufre (Apoc. 21, 8) donde habrá llanto y desesperación (Mt. 8, 12).

El infierno existe. Es una tremenda realidad. No podemos ponerlo en duda. Es un dogma de fe revelado claramente en las Escrituras y definido en los Concilios.

En el infierno, lugar de suplicio, hay fuego. San Jerónimo, San Agustín y grandes teólogos con Santo Tomás, convienen en decir que es un fuego corporeo y material que atormenta a los espíritus de un modo admirable y verdadero. Los condenados arderán en aquel fuego como la zarza de Moisés sin consumirse.

El infierno es ausencia de amor (pues si hubiera amor no habría infierno), y es ausencia de tiempo, no son años los que va a estar en él, el condenado, es ¡para siempre!

Unos dicen: Dios es Padre y no es posible que condene a un infierno eterno. Dios, ciertamente, es Padre y Padre misericordioso, pero también es justo. El no arroja a nadie al infierno, “somos nosotros los que nos precipitamos en él con nuestros pecados”. Si uno no quiere cuentas con Dios en esta vida, si le blasfema y le niega, él es el culpable. Si a uno no le alumbra el sol por haber cerrado la ventana de su casa, ¿quién tiene la culpa de que no le alumbre?

Injurias (su perdón)

— No volváis mal por mal; procurad el bien a los ojos de todos los hombres (Rom. 12, 17).

— Perdona a tu prójimo la injuria, y tus pecados, a tus ruegos, te serán perdonados. ¿Guarda el hombre rencor contra el hombre, e irá a pedir perdón al Señor? ¿No tiene misericordia de su semejante, y va a suplicar por sus pecados? Siendo carne, guarda rencor, ¿quién va a tener piedad de sus delitos? (Eclo. 28, 2-5).

— *¿Cómo podrá decir a Dios?:* Perdónanos nuestras deudas (= ofensas) así como nosotros perdonamos a nuestros ofensores (Mt. 6, 12).

— Entonces se le acercó Pedro y le preguntó: Señor, ¿cuántas veces he de perdonar a mi hermano si peca contra mí? ¿Hasta siete veces? Dícele Jesús: No digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete (o sea, siempre) (Mt. 18, 21-22).

— El que se venga será víctima de la venganza del Señor, que le pedirá exacta cuenta de sus pecados (Eclo. 28, 1).

Si quieres que Dios te perdone, perdona... “Si te injurian, no respondas con afrenta a la afrenta. Ten paciencia del silencio callándote vencerás más pronto” (S. Isidoro). Vengarse de una ofensa es ponerse al nivel de su enemigo; perdonársela es ponerse superior a él. “Podemos elevarnos por encima de los que nos insultan, perdonádoslos” (Napoleón).

Dios nos habla frecuentemente en las Escrituras y nos impone la obligación de perdonar las injurias recibidas, de no aborrecer a nuestros enemigos ni vengarnos de ellos, sino de amarles y hacerles bien. Jesús nos dio ejemplo al vengarse de sus enemigos desde la cruz con el perdón: “Padre, perdónales”... San Esteban imitó a Jesucristo (Hech. 7).

La fuerza, ni hoy ni mañana, ni nunca está en el número sino en la razón, en la inteligencia y en la moralidad para hacerla valer... ¡Cuántas votaciones en Parlamentos aprueban leyes poco justas! Por eso a veces “una persona puede tener razón contra todo el género humano” (C. Arenal).

El hombre dominado por el odio se imagina que castiga a su enemigo, y se castiga a sí mismo... Ningún vicio ciega y oscurece tanto la razón como el odio y la ira...

Santo Tomás Moro dijo: “La muchedumbre escribe los beneficios en arena y esculpe las ofensas en marmol. El cristiano, al contrario, debe grabar las injurias en la arena para que se borren pronto y los beneficios en marmol”. Mejor es el perdón que la venganza. Plutarco contestó al que le injuriaba: “Tu puedes ultrajarme; pero yo puedo escucharte con calma”.

Injusticia

— No robarás (Ex. 20, 15). La balanza falsa es abominable a Dios, mas la pesa cabal le agrada (Prov. 11, 1). Los ladrones no poseerán el reino de Dios (1 Cor. 6, 10).

— Maldito quien haga injusticia al extranjero, al huérfano y a la viuda... Maldito quien recibe dones para herir de muerte una vida, sangre inocente (Lev. 27, 19).

— No está bien tener acepción del rostro del impío, para perjudicar al justo en la sentencia (Prov. 18, 5).

— *Seguir el ejemplo de Zaqueo.* Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres, y si alguien he defraudado en algo, le devuelvo el cuádruplo (Lc. 19, 8).

El pecado de la injusticia es diferencia de los demás en que no sólo hay que detestarlo, sino que en caso de haberlo cometido, la santidad nos exige además que sea reparado con la "restitución".

Toda "injusticia" puede reducirse a estos tres capítulos: Quitar las cosas ajenas, retenerlas, causar daño al prójimo. Muchos se condenan por este pecado, porque se somete fácilmente y difícilmente se perdona.

Fácilmente se comete, porque movido por la pasión de enriquecerse no escatima los medios, aún los injustos, máxime en los negocios temporales. Este pecado se comete por robo, por rapiña, engaño en el comercio, en contratos, pesos o medida, por la adulteración de la mercancía, por hacer de falso testigo, no pagar deudas, malgastar el dinero.

Difícilmente se perdona, porque con dificultad se quiere reconocer... y no basta el arrepentimiento, hay que reparar porque "la cosa reclama al dueño", clama a Dios, clama venganza... Esos gastos, esos vestidos no son cosa tuya... y no esperar a la muerte. Seguir el ejemplo de Zaqueo. Si no puedes restituir, restituye parte; si no conoces al dueño, dalo a los pobres, y si temes la difamación restituye por otro...

Ira

— El tardo a la ira es prudente, el pronto a la ira hará muchas locuras (Prov. 14, 29).

— El iracundo promueve contiendas, el que tarde se enoja aplaca rencillas (Prov. 15, 18).

— La envidia y la cólera abrevian los días, y los cuidados traen la vejez prematura (Eclo. 30, 25).

— La respuesta suave quebranta la ira, más una palabra áspera enciende la cólera (Prov. 15, 1).

— La palabra dulce multiplica los amigos y aplaca a los enemigos (Eclo. 6, 5).

— Mejor es el ánimo calmo que el irascible. No te apresures a enojarte porque la ira es propia de los necios (Eclo. 7, 8).

— El rencor y la cólera son detestables, el hombre pecador los guarda en el corazón (Eclo. 27, 33).

— El necio al momento muestra su ira, el prudente disimula la afrenta (Prov. 12, 16).

Hay que saber “disimular una afrenta”, y sofocar las palabras que la cólera nos pone en la boca, nada hay que descubra tan manifiestamente el bajo fondo del corazón humano como las palabras pronunciadas en un arrebató de ira (Dr. V. Cruañas).

La ira es un apetito desordenado de venganza. Es un gran mal, es una gran fiera que puede domarse. La ira origina disputas, querellas, maledicencias, calumnias, juramentos, blasfemias... No te dejes llevar de ella. Una sentencia árabe dice: “Antes de hablar da cuatro vueltas a la lengua”.

No verás a un hombre a quien haya dominado la ira que después no condene altamente su proceder... “Piensa que no es dueño de sí mismo el que injuria, sino que está loco, y no te molestarán sus insultos” (S. J. Crisóstomo).

Es preciso considerar la fealdad de la ira, porque ella hace perder el uso de la razón... Plutarco invita al hombre enfurecido a que se contemple en un espejo y en su conducta: viendo

que su rostro y sus acciones se parecen a los de un frenético, tendrá aversión a la cólera y la evitará”.

San Pablo dice: “Airaos y no pequéis”. Aunque la ira sea justa, debemos evitar que nos domine y combatirla mostrándonos prontos al perdón. El hombre sabio y cuerdo, dijo Platón, se conoce en que cuando lo vituperan, no se enfada, y cuando lo alaban, no se enorgullece; pero el insensato es esclavo de la cólera. Las causas de la ira son: la pérdida de la fe, la mala educación, el orgullo...

JESUCRISTO

Jesucristo es Dios, que se hizo hombre por salvarnos y nació de la Virgen María. El es la figura central de la Biblia. En El convergen los dichos de los profetas y todos nos hablan de El (Hech. 10, 43).

Jesucristo es *una persona histórica*, que nació en Belén en tiempos del rey Herodes (Mt. 2, 1) siendo gobernador romano Poncio Pilato (Jn. 19, 1).

Jesucristo es el Salvador del mundo, el Mesías, el santo y sabio por excelencia, y es nuestro Rey y ante todo nuestro Dios, Dios y hombre a la vez.

1) Jesucristo es nuestro Salvador y Redentor. Un ángel del Señor dijo a José: Le pondrás por nombre JESUS, porque salvará a su pueblo de sus pecados (Mt. 1, 20).

— Jesucristo vino a este mundo a salvar a los pecadores (1 Tim. 1, 15).

— Nosotros mismos hemos oído y conocido que éste es verdaderamente el Salvador del mundo (Jn. 4, 42).

— Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que el que crea en El no perezca..., sino que sea salvo por El (Jn. 3, 16-17).

— Se entregó a Sí mismo (a la muerte) para redención de todos (1 Tim. 2, 6).

— El es propiciación por nuestros pecados. Y no sólo por los nuestros, sino por los de todo el mundo.

2) *Jesucristo es el Mesías*: La mujer samaritana le dijo: Yo sé que el Mesías el que se llama Cristo, está para venir, y cuando venga nos hará saber todas las cosas. Jesús le dijo: Soy Yo, el que contigo habla (Jn. 4, 25-26).

— (Caifás) el pontífice le dijo: Te conjuro por Dios vivo que me digas si eres el Mesías, el Hijo de Dios. Díjole Jesús: tú lo has dicho... (Mt. 26, 63-64).

— Dijo el ángel a los pastores: No temáis, os traigo una buena nueva, una gran alegría, que es para todo el pueblo; pues os ha nacido un Salvador, que es el Mesías, Señor, en la ciudad de David (Lc. 2, 10-11).

3) *Jesucristo es santo*. El dijo: ¿Quién de vosotros me argüirá de pecado? (Jn. 8, 46).

— Sabéis que (Jesús) apareció para quitar el pecado y que en El no hay pecado (1 Jn. 3, 5). Y tal convenía que fuese nuestro Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos (Heb. 7, 26).

— (El nos exhorta a la santidad): Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt. 5, 48). Sed santos, porque Yo soy santo (Lev. 9, 2)

— Esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación (1 Tes. 4, 3).

4) *Jesucristo es sabio*. Jesús conocía los pensamientos de los hombres (Lc. 6, 8; 9, 47)... Y no tenía necesidad de que nadie diese testimonio del hombre, pues El conocía lo que en el hombre había (Jn. 2, 25).

— Todos los que le oían se maravillaban de su doctrina y de sus respuestas (Lc. 2, 47).

— (La samaritanna dijo): Venid y ved a un hombre que me ha dicho todo cuanto ha hecho. ¿No será El el Mesías? (Jn. 4, 29).

Jesús dijo: Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida (Jn. 14, 6). Yo soy la luz del mundo y el que me sigue no anda en tinieblas (Jn. 8, 12).

— Entonces se retiraron los fariseos y celebraron consejo para ver el modo de sorprenderlo en alguna declaración (y le proponen dos cuestiones para poderlo confundir, y ellos fueron los confundidos): Véanse (Mt. 22, 15-22; Jn. 8, 1-11).

— Se maravillaban de su doctrina, pues les enseñaba como quien tiene autoridad y no como los escribas (Mc. 1, 22). En Cristo se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2, 3).

— Me llamáis Maestro y Señor, y decís bien, porque de verdad lo soy (Jn. 13, 13).

Uno es vuestro Maestro, uno vuestro Doctor, El Mesías (Mt. 23, 8-10).

5) *Jesucristo es Rey*. (Así lo dijo ante Pilato): Este le dijo: ¿Luego tu eres Rey? Tu lo dices: Soy Rey (Jn. 18, 37). Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra (Mt. 28, 17).

— Tiene sobre su manto y sobre su muslo escrito su nombre: Rey de reyes y Señor de los señores (Apoc. 19, 16).

— (Es rey por naturaleza, por ser el Creador): Todas las cosas fueron hechas por El... (Jn. 1, 3), las visibles y las invisibles (Col. 1, 16).

— (Es rey por título de conquista): Habéis sido rescatados de vuestro vano vivir..., no con plata y

oro corruptibles, sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha (1 Ped. 1, 18-19).

— (Debe ser nuestro Rey por título de elección): Venga a nosotros tu reino (Mt. 6, 10).

— Dominará de mar a mar, del río hasta los confines de la tierra... Se postrarán ante El todos los reyes y le servirán todos los pueblos (Sal. 72, 8-11).

6) *JESUCRISTO ES DIOS*. Al principio (de la creación) era (existía ya) el Verbo (la palabra del Padre, o sea Jesucristo), y EL VERBO ERA DIOS... y el Verbo se encarnó (se hizo hombre) y habitó entre nosotros (Jn. 1, 1 y 14).

— (Jesucristo existió antes que el mundo): Glorificame, Padre, con la gloria que tuve cerca de Ti antes de que el mundo existiera (Jn. 17, 5). El es antes que todas las cosas, pues todas fueron creadas por El y todas subsisten en El (Col. 1, 17).

— Yo y el Padre somos uno (una misma cosa) (Jn. 10, 30). Quién me ve a Mi, ve al Padre (Jn. 14, 9). Este (Jesucristo) es el Dios verdadero (1 Jn. 5, 20).

— Dios mismo vendrá y os salvará. Entonces se abrirán los ojos de los ciegos, y los oídos de los sordos y entonces saltará el cojo como un ciervo y la lengua de muchos cantará gozosa. (Is. 35, 4-6). Y se dirá en aquel día: He aquí a nuestro Dios; hemos esperado en El, que nos salvará (Is. 25, 9).

— (Jesús con sus milagros demostró que era Dios): Otros muchos milagros hizo Jesús que no están escritos en este libro (de los Evangelios); y estos fueron escritos para que creáis que Jesús es el Mesías, el hijo de Dios (Jn. 20, 31).

— Antes que Abraham fuera YO SOY (Jn. 8, 58).

— Cristo Jesús, a pesar de tener la naturaleza de Dios..., se anonadó tomando la naturaleza de siervo, haciéndose semejante a los hombres (Fil. 2, 6-7).

Por los testimonios aducidos podemos saber quién es Jesucristo. El ante todo es Dios y hombre verdadero, pues apareciendo como hombre entre los hombres demostró que era Dios con sus muchos milagros y profecías, especialmente con el milagro de su resurrección. El que atribuye las propiedades de Dios y habla como Dios al decir que “tiene todo poder en el cielo y en la tierra” (Mt. 28, 18). El es el “Autor de la vida” (Jn. 11, 27; Hech. 3, 15), el Juez universal (Mt. 25, 31) el perdonador de los pecados (Mc. 2, 5-7)...

Jesús es uno con el Padre en la esencia, es decir, tiene la misma naturaleza que el Padre y aparece como Persona distinta con dos naturalezas: una divina y otra humana. Por razón de la naturaleza divina o como Dios que es, es anterior a Abraham y al mundo entero, y por razón de la naturaleza humana o como hombre es posterior a Abraham y a la Virgen María de la cual quiso nacer tomando la naturaleza humana... Y por razón de la naturaleza divina es igual a Dios, y por razón de la naturaleza humana o como hombre es inferior.

(Para tener más claros conceptos acerca de Jesucristo, véanse estos dos libros: “*Quién es Jesucristo?*”, y el mismo “*Diccionario de espiritualidad*”)...

Testimonios acerca de Jesucristo

— Jamás persona alguna ha hablado como este hombre (Jn. 7, 46).

— Su fama se extendía más y más y venían muchas gentes a oírle y a que los curase de sus enfermedades (Lc. 5, 15).

— ¿Quién es éste que hasta los vientos y el mar le obedecen? (Mt. 8, 27).

— Tu eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo (Mt. 16, 16). Tu tienes palabras de vida eterna (Jn. 6, 68).

— Pasó haciendo bien y curando a todos... De El dan testimonio todos los profetas (Hech. 10, 38 y 43).

— (Judas dijo): He entregado la sangre inocente (Jn. 27, 4).

— (Pilato): Yo no hallo en Este ningún crimen (Jn. 18, 38).

— (El buen ladrón): Nosotros justamente sufrimos por nuestros pecados, pero Este nada malo ha hecho (Lc. 24, 41).

— (El centurión): Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios (Mc. 15, 39).

— (Los mismos fariseos decían): Ya véis que todo el mundo se va en pos de El (Jn. 12, 19).

— Todos quedaban sobrecogidos de temor y glorificaban a Dios diciendo: Un profeta ha surgido entre nosotros y Dios ha visitado a su pueblo (Lc. 7, 16).

— El es verdaderamente el Salvador del mundo (Jn. 4, 22).

— Jamás hemos visto cosa parecida (Mc. 2, 12).

— A El la gloria por los siglos. Amén (Rom. 11, 36).

¡Cuántos se llaman cristianos y no conocen a Jesucristo! Tu te llamas cristiano ¿y no le conoces? Lee y estudia con frecuencia, la Sagrada Escritura, especialmente los Evangelios y lo conocerás y amarás más y más. Jesucristo es el Camino, la Verdad, la Vida... la luz...

Juicio divino

— Está establecido morir una vez, y después de esto el juicio (Heb. 9, 27).

— Cada uno dará cuenta de sí a Dios (Rom. 14, 12). Es fácil al Señor dar a cada uno lo que merece y retribuirle según sus caminos (Eclo. 11, 28).

— Todos hemos de comparecer ante el tribunal de Cristo para que reciba cada uno lo que hubiera hecho por el cuerpo bueno o malo (2 Cor. 5, 10).

— Dios ha de juzgarlo todo, aún lo oculto, y toda acción sea buena o mala (Eclo. 12, 14).

— De toda palabra ociosa que hablen los hombres habrán de dar cuenta el día del juicio (Mt. 12, 36). Dios juzgará al justo y al impío. (Ecl. 3, 17).

En este mundo todos somos como administradores de los bienes que Dios nos ha dado: *bienes naturales*: salud, riquezas..., y *bienes sobrenaturales*: sacramentos, gracia para merecer la vida eterna..., y un día nos dirá como al mal administrador del Evangelio: “*Dame cuenta de tu administración*”..., y entonces se verá como y en qué hemos empleado nuestros talentos o bienes recibidos de Dios.

La iglesia en el Concilio de Florencia definió: “Después de la muerte de cada hombre, su alma es recibida al momento, o en el cielo o en el infierno o en el Purgatorio, según la disposición de cada uno.

“*Temed al Señor y dadle honor porque se acerca la hora de su juicio*” (Apoc. 14, 7). Al fin del mundo tendrá lugar el juicio universal donde será ratificada y puesta de manifiesto la sentencia ya dada en el juicio particular.

Juicio temerario

— No juzguéis y no seréis juzgados; porque con el juicio con que juzgareis, seréis juzgados, y con la medida que midiereis, se os medirá. ¿Cómo ves la paja en el ojo de tu hermano y no ves la viga en el tuyo? (Mt. 7, 1-3).

— Y tu ¿cómo juzgas a tu hermano o por qué los desprecias? Pues todos hemos de comparecer ante el tribunal de Dios... (Rom. 14, 10).

— Quienes quiera que seáis, los que juzgáis sois inexcusables; os condenáis a vosotros mismos juzgando a los demás (Rom. 2, 1).

— El hombre ve el exterior, pero Dios mira el corazón (1 Sam. 16, 7).

No debemos juzgar por sospechas y sin indagar antes el hecho y ver las pruebas. Al emitir nuestros juicios seamos prudentes, porque el mundo es muy malo, muy calumniador, inventa defectos y es muchas veces injusto y se mueve por venganza, envidia, capricho o malicia... No juzguemos sin conocimiento de causa. ¿Qué sabemos nosotros, pobres ignorantes, de lo que pasa en el interior de las almas? ¿Qué sabemos de los móviles, las dudas, las intenciones y angustias de cada uno? Y si cometió un crimen, no sabemos si ha de arrepentirse, o si se ha arrepentido ya, y si es uno de los que habitarán el cielo.

“No juzgues al fornicario si eres casto, porque pecarías lo mismo; pues quien dijo: “No fornicarás”, dijo: “No juzgues” (Un monje del desierto). He aquí dos reglas de oro para enjuiciar: 1ª antes de juzgar, observa mucho. 2ª Al juzgar, no generalizar.

Juventud... ancianidad

— Instruye al niño en su camino, que aun de viejo no se apartará de él (Prov. 22, 6).

— Lo que no se siembra en la juventud, no se recoge en la vejez (Ecl. 25, 5).

— Alégrate joven en tu mocedad y alégrese tu corazón en los días de tu juventud; (si) sigues los impulsos de tu corazón y los atractivos de tus ojos, ten presente que de todo esto te pedirá cuenta Dios (Ecl. 11, 9-10).

— En los días de la juventud acuérdate de tu Hacedor... (ámale y síguete por el camino de sus mandamientos) (Eclo. 12, 1).

— La fortaleza es la gloria de los jóvenes; el ornamento de los ancianos es la canicie (Prov. 20, 29).

— Alzate ante una cabeza blanca y honra la persona del anciano (Lev. 19, 32).

— Gloriosa corona es la canicie y se halla en el camino de la justicia (Prov. 16, 21) (Los años sin virtud hacen viejos, pero no viejos honorables. Sólo por el camino de la justicia, o sea, de la virtud se llega a una vejez honrosa).

— No desprecies las sentencias de los ancianos, que de sus antepasados las aprendieron ellos; porque así aprenderán doctrinas y sabrás responder al tiempo oportuno (Eclo. 8, 11-12).

— La corona de los ancianos es su rica experiencia, y el temor del Señor es su gloria (Eclo. 25, 8).

— La honrada vejez no es la de muchos años, ni se mide por el número de los días. La prudencia es la canicie del hombre, y la verdadera ancianidad es una vida inmaculada (Sab. 4, 8-9)

El presente de la juventud es el porvenir de la patria. ¡Joven! no seas holgazán..., aprovecha bien el tiempo para adquirir ciencia y santidad. El trabajo es virtud...

Cristo nos dice: *Yo soy la luz del mundo el que me sigue, no anda en tinieblas* (Jn. 8, 12). *“Yo soy la Vida, el Pan de vida”, acércate a Cristo, fuente de vida para no morir a la vida de la gracia.*

Debes saber cortar ciertas amistades y diversiones a tiempo, y santificar tus conversaciones. Que Cristo viva en tus diversiones.

Los jóvenes que viven cristianamente admiran a las chicas castas, y jamás las seducen. Joven, eres “reina” por el dominio de

tus sentidos, por el adorno de tu pureza, vigila para que no te conviertas en esclava. Haz fecunda la edad de tu vida. Ten presente que tu juventud pasa como la flor. ¡Juventud es primavera, que pasa y no vuelve más! La edad de la juventud y de los placeres pasa muy pronto. Jóvenes, que nadie os oiga hablar de torpezas o cosas impuras (Ef. 5, 3). Servid a Dios desde la juventud, respetad a los ancianos y atended sus sabios consejos. Recordad el triste ejemplo de Roboán (2 Cr. 10).

Lengua (Habla bien)

— ¡Dichoso el que no haya pecado nunca con su lengua! (Eclo. 25, 8).

— Si alguno no peca con la lengua varón perfecto, capaz de gobernar con el freno todo su cuerpo... Un poco de fuego basta para quemar todo un gran bosque. También la lengua es un fuego, un mundo de iniquidad..., es un fuego turbulento y está lleno de mortífero veneno (Sant. 3, 2 ss).

— Dice el soberbio en su fatuidad: No hay Dios... Su boca está llena de fraude y de usura; lleva bajo su lengua la vejación y la opresión (Prov. 18, 21).

— Con la lengua bendecimos a Dios y Padre nuestro, y con ella maldecimos a los hombres hechos a imagen de Dios (Sant. 3, 9).

— El horno prueba los vasos del alfarero, la prueba del hombre es su conversación... Antes de oírle hablar no alabes a nadie, porque la palabra es la prueba del hombre (Eclo. 27, 6 y 8).

— En el mucho hablar no falta pecado, el que refrena sus labios es sabio (Prov. 10, 19).

— ¿Has visto al hombre que se precipita en sus discursos? Más se puede esperar del necio que de él. En el mucho hablar no faltará pecado. La lengua del

insensato lleva a la confusión (Prov. 29, 20; 10, 14 y 19).

— El hombre debe ser pronto para escuchar, tardo para hablar, tardo para airarse (Sant. 1, 19).

— Muchos caen al filo de la espada; pero muchos más por las lenguas (Eclo. 28, 22).

El pecado de la lengua es el más extendido y corriente entre los mortales, y si bien lo examinamos casi todos los males que nos azotan provienen de ella. De la lengua perversa provienen la mentira, el fraude, la doblez, el engaño, la maledicencia y la calumnia.

La lengua es un don de Dios. Con ella debemos alabar a Dios y no hablar mal de nuestros prójimos. La lengua revela el corazón del hombre. Jesucristo dijo: "*De la abundancia del corazón habla la lengua*" (Mt. 12, 34). Por esta razón dijo Sócrates a un joven: "Habla para que te conozca. El lenguaje es el espejo del alma. Para conocerte no me basta haberte visto, necesito oírte."

Para hablar bien es necesario hablar poco, y "entre muchos hablar siempre poco" (Santa Teresa).

El hombre es conocido enseguida por su lengua. Los que son del mundo y amigos de la tierra, hablan de cosas mundanas; los que tienen un alma celestial hablan de cosas del cielo, de la virtud y de todo lo que ennoblece.

Quien habla siempre bien, no lo hace a espaldas de los hombres; quien lo hace a espaldas de ellos, no habla bien.

No hablar nunca de sí a otros y, por el contrario, hablarles siempre de ellos mismos, he ahí todo el arte de agradar. Todo el mundo lo conoce y todos lo olvidan.

La garantía de que os escuchen, consiste en decir mucho en pocas palabras.

Saber hablar es un don de muchos; saber callar, sabiduría de pocos; saber escuchar, sabiduría de poquísimos.

No seas aspero en tu lengua ni remiso ni perezoso en tus obras (Eclo. 4, 34). Sé firme en tus juicios, y no tengas más que una palabra... Si tienes que responder, responde; sino, pon la mano

a la boca. En el hablar está la gloria o la deshonra, y la lengua del hombre es su ruina. Que nadie te llame chismoso, y no tengas lazos con tu lengua (Eclo. 5, 12-16).

Hay quien callando se muestra sabio, y quien se hace odioso por su mucho hablar... El sabio se calla hasta el tiempo oportuno; el necio no sabe aguardar su tiempo. El que mucho habla se hace aborrecible, y el que pretende imponerse se hace odioso (Eclo. 20, 5-8). Antes de hablar no respondas, y no interrumpas el discurso ajeno (Eclo. 5, 7).

Limosna

Consejos de Tobías a su hijo: Según tus facultades, haz limosna y no se te vayan los ojos tras lo que des. No apartes el rostro de ningún pobre, y Dios no los apartará de ti.

— Si abundares en bienes, haz de ellos limosna, y si estos fueren escasos, según esa tu escasez, no temas hacerla. Con esto atesoras un depósito para el día de la necesidad, pues la limosna libra de la muerte y preserva de caer en las tinieblas, y es un buen regalo la limosna en la presencia del Altísimo para todos los que la hacen...

— Da de tu pan al hambriento y de tus vestiduras al desnudo. Todo cuanto te sobrare dalo en limosna, y no se te vayan los ojos tras lo que dieres (Tob. 4, 7 s).

— Buena es la oración con el ayuno, y la limosna con la justicia. Mejor es poco en justicia que mucho en iniquidad. Mejor es dar limosna que acumular tesoros, pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado (Tob. 12, 8 s).

Palabras de Jesucristo: Cuando hagas limosna, no vayas tocando la trompeta delante de ti, como lo hacen los hipócratas en las sinagogas y en las calles pa-

ra ser alabados de los hombres; en verdad os digo que ya recibieron su recompensa.

— Cuando des limosna, no sepa tu izquierda lo que hace tu derecha, para que tu limosna sea oculta, y el Padre, que ve lo oculto, te premiará (Mt. 6, 2-8).

— Parte tu pan con el hambriento, alberga al pobre sin abrigo, viste al desnudo y no vuelvas tu rostro ante el hermano... Este es el ayuno que yo quiero... (Is. 58, 7 ss).

— El que da al pobre, no conocerá pobreza...; el que da al pobre, presta al Señor, y el Señor centuplicará sus bienes (Prov. 28, 27).

— No apartes tu rostro de ningún pobre, parte tu pan con el hambriento, vestid al desnudo... No mires con malos ojos a tu hermano pobre. Debes darle sin que al darle se entristezca tu corazón, porque por ello Yahvé, tu Dios te bendecirá (Dt. 15, 7-11).

Dios en este mundo, padece frío y hambre en la persona de todos los hombres, pues cuando un pobre pasa hambre, es Cristo quien pasa necesidad. Por tanto honrando al pobre honramos al mismo Jesucristo, porque lo que hacemos a un pobre necesitamos, se lo hacemos a El mismo, según nos dice su Evangelio: *“Cada vez que lo hicisteis con uno de estos, mis humildes hermanos, a Mí me lo hicisteis”* (Mt. 25, 40).

Al pobre hemos de hacer limosna, no sólo material: el pan, la leña, el vestido..., sino también la espiritual, que es más preciosa: perdonar una injuria recibida, enseñar al que no sabe, instruirle en el bien, darle un buen ejemplo.

Seamos tan afables con el pobre como nos sea posible. El que tenga mucho que dé mucho; y si poco, dé poco; pero de buena gana.

Si tenéis más de lo necesario para comer y vestir, dadlo y sabed que lo superfluo no es vuestro y debéis consagrarlo al sostenimiento de los pobres (San Jerónimo). San Agustín afirma que

el rico no puede salvarse sin la limosna. Lo superfluo del rico pertenece al pobre; el que lo guarda, guarda lo que no es suyo.

Mandamientos

Los mandamientos de la Ley de Dios forman el “Código de la felicidad”. Dios dice: ¡Oh, si siempre me tetieran y guardaran mis mandamientos, para ser siempre felices ellos y sus hijos! (Dt. 5, 29).

Ved: Yo os pongo hoy delante bendición y maldición: la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios, que Yo os prescribo hoy; la maldición, si no los cumplís (Dt. 11, 26-28).

— Guardadlos y ponedlos por obra, pues en ellos está vuestra sabiduría y vuestro entendimiento a los ojos de los pueblos, que, al conocer todas estas leyes, se dirán: Sabia e inteligente es, en verdad, esta gran nación (Dt. 4, 6).

— Si vosotros obedecéis los mandamientos que Yo os prescribo, amando a Yahvé, vuestro Dios, y sirviéndole con todo vuestro corazón y con toda vuestra alma, Yo daré a vuestra tierra la lluvia a su tiempo, la temprana y la tardía, y tu cosecharás tu trigo, tu mosto, tu aceite; Yo daré también hierba en tus campos para tus ganados, y de ellos comerás y te saciarás (Dt. 11, 13-15), y si los guardáis, sembraréis poco y recogeréis mucho... (Dt. 28).

— Por el contrario, si no los obedecéis, malditos seréis en la ciudad y en el campo... sembraréis poco y cosecharéis mucho... todo os irá mal (Dt. 28 y Lav. 26).

— (La felicidad eterna será el fin o término del cumplimiento de la Ley de Dios): Si quieres entrar

en la vida eterna, guarda los mandamientos (Mt. 19, 17).

Dios, Dueño y Señor nuestro, nos dice que la felicidad tanto temporal como eterna está en el cumplimiento de sus mandamientos.

El los imprimió en la conciencia de todo hombre (Rom. 2, 14 s); los promulgó en el monte Sinaí (Ex. 20), y Jesucristo los confirmó y perfeccionó (Mt. 5, 17). Los mandamientos, pues, que tenemos de la Ley de Dios, son los mismos que Dios reveló a Moisés, perfeccionados por Jesucristo y llevados a la plenitud del amor: amor a Dios y al prójimo.

Los mandamientos de Dios nos dicen: *Amarás al Señor, tu Dios, con todo el corazón y con toda tu alma... No tomarás en vano el nombre de Dios, no jurarás en falso por mi nombre ni los profanarás blasfemando... Santificarás el día del Señor... Honrarás a tus padres y a tus mayores... No cometerás actos impuros... No matarás, no robarás... No dirás falso testimonio contra el prójimo, huirás de la mentira, porque Dios aborrece los labios mentirosos, ni murmurarás, porque los murmuradores son aborrecidos de Dios...*

En estos términos están contenidos los mandamientos de Dios en la Biblia (Véase con más detalle en mi "*Diccionario de Espiritualidad*").

MARIA VIRGEN

1) *La virgen María es Madre de Dios.* El Verbo (la Palabra del Padre, o sea, Jesucristo) era Dios... y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros (Jn. 1, 1 y 14).

— Cumplido que fue el tiempo (anunciado por los profetas) envió Dios a su hijo nacido de una mujer... (Gál. 4, 4).

— ¿De dónde a mí que la Madre de mi Señor venga a visitarme? Porque así que sonó la voz de tu sa-

tulación en mis oídos, exultó de gozo el niño en mi seno (Lc. 43-44).

— No temás, María... concebiras en tu seno y darás a la luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. El será grande y llamado Hijo del Altísimo (Lc. 1, 30 s).

— María, de la cual nació Jesús, llamado Cristo (Mt. 1, 16).

— Estando allí (en Belén) se cumplieron los días de su parto y dio a luz a su hijo primogénito..., el Salvador, el Mesías, el Señor (Lc. 2, 6-11).

Notemos que el Verbo o Palabra del Padre, que se encarnó es Dios, y como Dios hecho hombre se llama Jesucristo, al querer venir a este mundo por medio de María, resulta claramente que ésta es Madre de Dios.

Además, la expresión "Hijo de Dios", nacido en el tiempo, engendrado en las purísimas entrañas de María, ¿qué es sino Madre de El?

No hay duda que la Virgen María es Madre de Dios, y así la proclamó Santa Isabel al visitarla con la expresión "la Madre de mi Señor", pues "Señor" equivale a Dios, tanto en el A. como en el N. T.

"Se dice que la Bienaventurada Virgen es Madre de Dios no porque sea Madre de la divinidad (o sea, de la naturaleza divina anterior a ella), sino porque es Madre según la humanidad de una Persona que tiene divinidad y humanidad" (Santo Tomás 3, 35).

La Virgen María es, pues, Madre de Dios porque de Ella nació Jesús, el cual es verdadero Dios y verdadero hombre.

2) *La Virgen María es Inmaculada.* Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo... Bendita tu entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre (Lc. 1, 28 y 42).

— Pongo enemistad entre ti y la mujer, y entre

tu descendencia y su descendencia; ésta te aplastará la cabeza, cuanto tu le asedies el calcañal (Gén. 3, 15).

— Todas las generaciones me llamarán bienaventurada, porque ha hecho en mí cosas grandes el Poderoso, cuyo nombre es santo (Lc. 1, 48-49).

— Eres toda hermosa y no hay en ti mancha (de pecado original) (Cant. 4, 7).

La Virgen María por ser destinada a la dignidad tan excelsa de “Madre de Dios”, fue adornada desde el primer instante de su concepción con un don de gracia tan grande, que por ella aventajó con mucho a todas las criaturas del cielo y la tierra. Y por el mismo motivo fue redimida por un modo eminente, o sea, más sublime y perfecto que todos los hijos de Adán; mas conviene notar que la redención de María no fue *liberativa* del pecado original ya contraído, sino *preservativa* que le impidió caer en él.

La Virgen María se Inmaculada: 1) Porque es *dogma de fe* definido por el Magisterio de la Iglesia. El Papa Pío IX el 8 de diciembre de 1854 por la Bula *Ineffabilis Deus* la proclamó Inmaculada por ser doctrina revelada por Dios... 2) Por las palabras mismas de la Virgen al aparecerse en Lourdes a Santa Bernardita Soubirous, pues en la aparición del 25 de marzo de 1958, reveló su nombre diciendo: YO SOY LA INMACULADA CONCEPCION... y 3) porque este dogma se apoya en las Escrituras Santas, pues las expresiones “*llena de gracia*”, la *bendita entre todas las mujeres*” y las palabras del “Protoevangelio” (Gén. 3, 15), que nos hablan de la “enemistad perpetua” entre el diablo y Ella nos dicen que no estuvo sujeta o manchada con el pecado como lo estuvo Eva, y el descendiente de la Virgen María es Cristo, quien destruirá totalmente al fin de los tiempos el imperio de Satanás.

3) *María, la Madre de Jesús, permaneció siempre virgen.* El ángel le dijo: No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios, y concebirás

en tu seno, y darás a luz un hijo, a quien pondrás por nombre Jesús...

— Dijo María al ángel: ¿cómo podrá ser esto, pues yo no conozco varón? El ángel le contestó y dijo: El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra, y por esto el Hijo engendrado será santo, será llamado Hijo de Dios (Lc. 1, 26-35).

— La concepción de Jesús fue así: Estando desposada María, su Madre, con José antes de que conviviesen, se halló haber concebido María del Espíritu Santo... Todo esto sucedió para que se cumpliese lo que el Señor había anunciado por el profeta que dice: "He aquí que una Virgen concebirá y parirá un Hijo, y se le pondrá por nombre Emmanuel, que quiere decir "Dios con nosotros" (Mt. 1, 1, 18 s).

Los católicos sostenemos que María permaneció "siempre Virgen", esto es, fue Madre sin dejar de ser Virgen. La que concibió sobrenaturalmente, también dio a luz sobrenaturalmente...

"La Iglesia profesa y proclama que Jesucristo fue concebido y nació de una hija de Adán, descendiente de Abraham y de David, la Virgen María. El Evangelio según Lucas precisa que "María concibió al Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo", "sin conocer varón" (Lc. 1, 34; Mt. 1, 18. 24-25). María era, pues, *virgen* antes del nacimiento de Jesús y permaneció virgen en el momento del parto y después del parto. Es la verdad que presentan los textos del Nuevo Testamento y que expresaron tanto el V concilio Ecuménico, celebrado en Constantinopla el año 553, que habla de María "siempre Virgen", como el Concilio Lateralmente, el año 649..." (28-1-1987). (Véase su Eclesiástica-Mariana "*Redemptoris Mater*"... (Sobre las expresiones "hermanos de Jesús" y otras dificultades, véanse "*Biblia explicada*", y con más detalle en el "*Nuevo Testamento comentado*").

— *María es también Madre de la Iglesia y Madre espiritual nuestra* Pablo VI así la proclamó y de hecho lo es porque es Ma-

dre de Cristo Redentor, Cabeza del Cuerpo místico que es la Iglesia, de la que nosotros somos miembros...

— *María es a su vez Reina*, como la proclamó Pío XII, por ser Madre de Cristo-Rey. “Si el hijo es Rey —como dice San Atanasio—, justo título tiene también la Madre para llamarse Reina”.

— María es Medianera nuestra en la obra de la Redención, porque por Ella vino a nosotros el Redentor, fuente de todas las gracias y aunque es el Mediador de Dios y de los hombres, Cristo Jesús (1 Tim, 2, 5-6) el oficio de la Virgen es “subordinado al de Redentor” y la misión maternal no oscurece ni disminuye la única mediación de Cristo (I.G. 60). La Virgen es “Mediadora ante el Mediador”.

Matrimonio

— Al principio de la creación los hizo Dios varón y hembra; por eso dejará el hombre a su padre y a su madre, y serán los dos una sola carne. De manera que no son dos, sino una sola carne. Lo que Dios unió que no lo separe el hombre... (Mc. 10, 6 ss)

— El matrimonio sea tenido por todos en honor; la unión conyugal sea sin mancha, porque Dios ha de juzgar a los fornicarios y a los adúlteros (Heb. 13, 4).

— Vosotros, los maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo amó a la Iglesia y se entregó por ella para santificarla... Los maridos deben amar a sus mujeres como a su propio cuerpo. El que ama a su mujer, a sí mismo se ama, y nadie jamás aborrece su propia carne, sino que la alimenta y la abriga como Cristo a la Iglesia, porque somos miembros de su cuerpo.

— Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y serán dos en una sola

carne. Gran misterio es esté, pero yo lo aplico a Cristo y a la Iglesia. Por lo demás, ame cada uno a su mujer, y ámela como a sí mismo, y la mujer reverencie a su marido (Ef. 5, 25-33).

El matrimonio fue instituido por Dios N. Señor en el paraíso terrenal cuando unió como esposos a Adán y a Eva para que viviesen *siempre* juntos en mutuo y fiel amor (Gén. 2, 18-22).

Este sacramento, según el Concilio Vaticano II, es una comunidad de vida y de amor, que se establece sobre la alianza (o contrato) de los esposos, o sea, sobre su consentimiento personal e irrevocable (GS. 48).

El matrimonio que representa la unión de Cristo con su Iglesia, es fundamentalmente *uno* (de un hombre con una sola mujer) e *indisoluble*: unidos para siempre. Jesucristo condena el divorcio y nos habla claramente de la indisolubilidad del matrimonio. “*Lo que Dios unió que lo no separe el hombre*”. Como dice Juan Pablo II: “En este ‘no lo repare’ está contenida la grandeza esencial del matrimonio y, al mismo tiempo, la unidad moral de la familia”.

Un proverbio dice: “Antes de marchar a la guerra reza una vez; reza dos antes de embarcarte; reza tres antes de casarte”. Esto quiere decir que “antes de que te cases mira a ver lo que haces”. Reflexiona.

Evita el matrimonio de interés, de conveniencia o de pasión. Los esposos deben unirse ante todo con ligaduras de amor espiritual, que ni el tiempo ni el espacio pueden romper. Si Dios te llama al matrimonio procura que tus relaciones sean castas. Da a tu novio tu amor y tu afecto, mas nunca tu cuerpo..., porque te despreciará, y algún día te echará en cara tus mismas culpables condescendencias.

Misericordia de Dios

— El Señor es misericordioso y benigno, tardo a la ira y lleno de clemencia. No está siempre acusando, ni guarda rencor para siempre.

— No nos castiga a medida de nuestros pecados, no nos paga conforme a nuestras iniquidades. Sino que cuanto sobre la tierra se alzan los cielos, tanto se eleva su misericordia sobre los que le temen.

— Cuanto dista el Oriente del Occidente, tanto aleja de nosotros nuestros pecados.

— Como un padre que se apiada de sus hijos, así el Señor se compadece de los que le temen. Porque El sabe de que estamos formados. El recuerda que somos polvo. La misericordia del Señor es eterna para los que le temen (Sal. 103).

— El Señor es compasivo y misericordioso (Sant. 5, 11). Es misericordioso para con todos y su misericordia está sobre todas sus obras (Sal. 145, 9).

— En Yahvé está la misericordia, y con El copiosa salvación (Sal. 130, 7). Llena está la tierra de su misericordia (Sal. 33, 5).

— Aunque una madre se olvidara del hijo de sus entrañas Yo no te olvidaré: dice el Señor (Is. 49, 15).

— Yo juro, dice el Señor, que no quiero la muerte del pecador, sino que se convierta de su mal proceder y viva. Convertíos, convertíos de vuestros perversos caminos... Si el impío se convirtiese de sus pecados y practicase la iniquidad y la justicia, y siguiera los mandamientos de la vida, ciertamente vivirá y no morirá. Ninguno de sus pecados que haya cometido será recordado contra él (Ez, 33, 11 ss).

— Si confesamos humildemente nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnoslos y lavarnos de toda iniquidad (1 Jn. 1, 9).

— Todas las sendas de Yahvé son misericordia y verdad para los que guardan sus mandamientos (Sal. 25, 10).

— Los fariseos y escribas murmuraban de Jesús

diciendo: Recibe a los pecadores y come con ellos (Lc. 15, 2). Jesús respondió: No he venido a llamar a los justos, sino a los pecadores (Lc. 5, 32).

— ¡Oh, Señor!, tienes piedad de todos, porque todo lo puedes y disimulas los pecados de los hombres para traerlos a penitencia; pues amas todo cuanto existe, a todos perdonas, porque son tuyos, Señor, amador de las almas (Sab. 11, 24-27).

— ¡Cuán grande es la misericordia del Señor y su piedad para los que vuelven a El! (Ecl. 17, 28).

— Bienaventurados los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia (Mt. 5, 7).

— Tu, oh Señor, eres misericordioso, clemente, magnánimo, de gran piedad y fidelidad. Mírame, ten compasión de mí (Sal. 86, 15).

— Al corazón contrito y humillado tu no los desprecias (Sal. 51).

— Alabado sea Dios... Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo (1 Cor. 1, 3).

— Alabad al Señor porque es bueno, porque es eterna su misericordia (Sal. 136, 1).

— Cantaré eternamente la misericordia del Señor (Sal. 89, 2).

Mar sin fondo y sin orillas es la misericordia de Dios que nos rodea a los pecadores. ¡Pobres de nosotros si así no fuera!

Hasta el que vive en la inocencia y no ha manchado su alma con el pecado mortal, ¿no tendrá que entonar un cántico a la misericordia de Dios, que le ha preservado de caer en él?

Nadie debe presumir y confirmarse en el mal precisamente porque Dios es bueno, porque Dios, si bien es paciente, también castiga (*recuérdese que lloró sobre Jerusalén, y porque no obedeció sus mandatos, fue castigada.*)

Confiemos en la misericordia infinita de Dios, y no desesperemos porque su misericordia es mayor que nuestras miserias.

La misericordia de Dios debiera ser el motivo de nuestras continuas alabanzas, y repetir como el pueblo de Israel el salmo 136: Porque eres bueno, porque es eterna tu misericordia.

Jesús en la tierra es la misericordia personificada, y así aparece en el Evangelio en sus palabras, en su conducta: perdonando a la Magdalena, a la mujer adúltera, a la samaritana, al ladrón arrepentido...

De su misericordia nos hablan los ejemplos de la oveja perdida, el hijo pródigo, etc. No nos desalienten nuestros pecados ante la bondad infinita de Dios, pues a todos nos espera, y porque es grande no sigamos pecando, porque la bondad de Dios es paciente, espera... Recordar la higuera infructuosa... al fin la arranco...

Muerte

— El hombre no sabe cuánto tiempo le resta; y no piensa que se acerca la muerte, y que todo lo dejará a otro y morirá (Eccl. 11, 20).

— Está decretado que los hombres mueran una vez... (Heb. 9, 27). ¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Sal. 88, 49).

— No tiene poder el hombre sobre el espíritu para detenerle, ni tiene poder sobre el día de la muerte (Eccl. 8, 88).

— Por un hombre entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte... (Rom. 5, 12). La muerte es el estipendio o paga del pecado (Rom. 6, 23).

— Dios no hizo la muerte ni se goza en la pérdida de los vivientes..., los impíos la llaman con sus obras y palabras... y por autores de ella merecen ser tenidos (Sab. 1, 13-16).

— (Después del pecado de Adán, Dios dio esta sentencia para él y sus descendientes): Polvo eres y volverás al polvo (Gén. 3, 19).

— Como vestido se envejece toda carne (todo hombre), porque ésta es la ley desde el principio que has de morir. Como las hojas verdes del árbol frondoso que unas caen y otras brotan, así es la generación de la carne y de la sangre; unos mueren y otros nacen. Toda obra humana al fin acaba (Eclo. 1418-20).

— Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá. Antes de tu muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... Mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos (Eclo. 14, 12-15).

— ¡Oh muerte, cuán amarga es tu memoria para el hombre que se siente satisfecho con sus riquezas; para el hombre a quien todo le sonríe y entodo prospera y aún puede disfrutar de los placeres (Eclo. 41, 1).

— No temas al fallo de la muerte; acuérdate de los que procedieron y de los que te seguirán, y que éste es el juicio del Señor sobre toda carne (Eclo. 41, 5).

— Cuanto bien puedas hacer, hazlo alegremente porque no hay en el sepulcro, a donde vas, ni obra, ni industria, ni ciencia, ni sabiduría (Eclo. 9, 10).

— La muerte de los pecadores es pésima (Eclo. 34, 22), y es preciosa a los ojos de Dios la muerte de los justos (Sal. 115, 15)

— Dispón de tu casa, porque vas a morir (Is. 38, 2).

— Estad, pues, preparados, porque a la hora que menos penséis vendrá el Hijo del hombre... (Lc. 24, 44).

Para saber vivir hay que aprender a morir. “*Acuerdate de tus postrimerías y no pecarás jamás*” (Eclo. 7, 40). El cantar popular dice: “Desde el día que nacemos a la muerte caminamos; no hay cosa que más se olvida, ni que más cerca tengamos”.

San Pablo nos dice: “No estéis tristes como los que no tienen esperanza (de la vida eterna) (1 Tes. 4, 14-15). Y la Iglesia en el Prefacio de Difuntos nos recuerda: “La vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrenal, conseguimos una mansión eterna en el cielo”.

—Para el cristiano la muerte no es el término de la vida, es el comienzo feliz de una nueva existencia.

Con la muerte pasamos a la inmortalidad: no podemos llegar a la vida eterna sin salir de esta actual, la muerte no es una muerte, es un tránsito (S. Cipriano).

“Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes; pero si sois prudentes en todas partes la esperaréis vosotros (Kempis).

Mujer (Su retrato en la Biblia)

1) *La mujer prudente.* La mujer prudente es alabada (Prov. 11, 16). La mujer prudente edifica la casa, la necia con sus manos la destruye (Prov. 14, 1) (*Edificar la casa*, hablando de las mujeres es una frase bíblica que significa “tener hijos y educarlos bien”).

— Casa y hacienda vienen de los padres por herencia, pero una mujer prudente es don de Yahvé (Prov. 19, 14).

— La mujer virtuosa es la corona del marido; la desvergonzada es carcoma de sus huesos (Prov. 12, 4).

— La mujer fuerte (o sea, la mujer ideal, virtuosa, inteligente y amante del trabajo) ¿quién la hallará? Vale mucho más que las perlas. En ella confía el corazón de su marido y no tiene nunca falta de

nada. Dale siempre gusto, nunca disgustos, durante todo el tiempo de su vida... Tiende su mano al menesteroso... Vigila a toda su familia y no come su pan de balde. Alzanse sus hijos y la aclaman bienaventurada, y su marido la ensalza... (Prov. 31, 10 ss).

2) *La mujer buena y silenciosa.* Dichoso el marido de una mujer buena; el número de sus días será doblado. La mujer de valer alegra a su marido, cuyos años llegarán en paz a la plenitud.

— La mujer buena es una fortuna, los que temen al Señor la tendrán; y sea rico, sea pobre, su corazón será feliz, y en todo tiempo mostrará rostro alegre.

— La gracia de la mujer es el gozo de su marido. Su saber le vigoriza los huesos. Un don de Dios es la mujer callada, y no tiene precio la discreta y la que es casta. Como resplandece el sol en los cielos, así la belleza de la mujer buena en su casa.

— La mujer que honra a su marido es de todos tenida por sabia; la que le desprecia es tenida por todos por impía (Eclo. 26).

— La belleza de la mujer alegra el rostro al marido y aumenta en el hombre el deseo de poseerla. Si tiene palabras amables y suaves, su marido es dichoso. Quien posea una buena mujer tiene un gran bien, ayuda a él conveniente y una columna de apoyo (Eclo. 36, 23-26).

— No te apartes de la mujer discreta y buena, porque vale su gracia más que el oro (Eclo. 7, 21).

— No mires sólo el buen parecer de la mujer, ni de ella te enamores por su belleza (Eclo. 25, 28).

3) *La mujer quisquillosa.* El hijo necio es el tor-

mento de su padre, y gotera continúa la mujer quisquillosa (Prov. 19, 13). (Así como es fastidioso vivir donde hay goteras continuas, así no lo es menos convivir con una mujer quisquillosa).

— (Por esto mismo nos repite el sabio): Mejor es vivir en un rincón del desván que en cómoda casa con una mujer quisquillosa... Mejor es vivir en un desierto que con una mujer rencillosa e iracunda (Prov. 21, 9 y 19).

— Gotera incesante en día de lluvia y mujer rencillosa, allá se van. El que quiere contenerla pretende parar el viento o recoger el aire con su diestra (Prov. 27, 15-16).

— La mujer regañona y ligera de lengua es como clarín de enemigo que incita a la respuesta. Pero si el marido es como ella, regañan, toda su vida se la pasarán en guerras (Eclo. 26, 34).

4) *La mujer mala y perniciosa.* La mujer fuerte es la corona del marido, la mala es carcoma de sus huesos (Prov. 12, 4).

— Yunta de huesos inquietos es la mujer mala; tocarla es como agarrar un escorpión. Del todo enojosa es la mujer borracha, que no ocultará su vergüenza. La liviandad de la mujer se muestra en el descaro de su mirada y en el pestañear de sus ojos (Eclo. 26, 10-12).

— La mujer impía es el castigo del indigno; la piadosa, el premio del que teme al Señor... La mujer que honra a su marido es de todos tenida por sabia; la que le desprecia es por todos conocida por impía (Eclo. 26, 29 y 32).

— Prefiero morar con un león o un dragón, que convivir con una mujer malvada. La maldad de la

mujer demuda su rostro y hace un semblante como de oso; su marido, sentado entre amigos, sin quererlo, solloza amargamente. Ligera es toda maldad comparada con la maldad de la mujer...

— Lo que una cuesta arenosa para los pies del anciano, es la mujer deslenguada para un marido comedido. No sucumbas a la belleza de la mujer ni la desees... Abatimiento del ánimo, tristeza del rostro y llaga del corazón es la mujer malvada (Eclo. 25, 23 ss).

— No fijas tu atención en doncella, no vayas a incurrir en castigo por su menoscabo. No te entregues a meretrices, no vengas a perder tu paciencia... Aparta tus ojos de mujer muy compuesta, y no fijas la vista en la hermosura ajena. Por la hermosura de la mujer muchos se extraviaron, y con eso se enciende como el fuego la pasión.

— No te sientes nunca junto a una mujer casada, ni te recuestes con ella a la mesa. Ni bebas con ella vino en los banquetes, no se incline hacia ella tu corazón y seas arrastrado a la perdición (Eclo. 9, 5-13).

— Miel destilan los labios de la mujer extraña y es su boca más suave que el aceite. Pero su fin es más amargo que el ajeno, punzante como espada de dos filos. Van sus pies derechos a la muerte, llevan sus pasos al sepulcro. No va por el camino de la vida, sino que va errando sin saber a dónde... (Prov. 5, 3-6).

— (Huye de la ocasión y del peligro): No te acerques a la puerta de su casa para no dar tu honor a los extraños y tus años a un cruel; para que no disfruten otros de tu hacienda y el fruto de tu trabajo pase a la casa del extraño, y al fin tengas que llorar

cuando veas consumidos tu carne y tu cuerpo, y hayas de exclamar: ¡Ay de que mi que odie la disciplina y no di oídos a los que me adoctrinaban! (Prov. 5, 8-12).

— (Huye de la mujer desvergonzada): No codicies su hermosura en tu corazón, no te dejes seducir por sus miradas; porque si la prostituta busca un pedazo de pan, la casada va a la caza de una vida preciosa. ¿Puede alguno llevar fuego en su regazo sin quemarse los vestidos?... Así el que se acerca a la mujer ajena, no saldrá indemne quien la toca (Prov. 6, 25-29).

— Anillo de oro en jeta de puerco es la mujer bella, pero sin sexo (Prov. 11, 22) (Este parangón tan duro se entiende al recordar que las mujeres orientales llevaban un anillo de oro y plata pendiente en la nariz (Gén. 24, 22 y 47)).

La sabiduría y la prudencia en el obrar pueden preservar a muchos de la mujer ajena o disoluta o de la extraña que halaga con sus palabras... La Sabiduría Divina clama y dice: *"Hijo mio... guarda mis preceptos y vivirás, sea mi ley como la niña de tus ojos... para que te preserven de la mujer ajena, de la extraña de zalameras palabras"* (Prov. 7, 2 ss).

El sabio hace la descripción realista del joven seducido al que la mujer disoluta *"con la suavidad de sus palabras le rindió y con sus halagos le sedujo, y se fue tras ella entontecido, como buey que se lleva al matadero... como pájaro que se precipita en la red, sin saber que le va en ello la vida"*.

Jovenes, no dejéis ir vuestro corazón por los caminos insinuados de la mala mujer. Su casa es la senda del sepulcro, que baja a las profundidades de la muerte..., siendo muy de temer que los libertinos se precipiten en la muerte eterna.

San Juan Crisóstomo encierra en esta breve frase las cualidades de la novia ideal: "La joven sabia, inocente y piadosa vale

un mundo'' y la podemos completar con la siguiente enumeración:

1) *Religiosidad*. De lo contrario correría serios peligros la educación de los hijos; 2) *sanas costumbres*; 3) *Feminidad, laboriosidad*, aficionados al hogar, conocedora de las artes domésticas, que tan feliz pueden hacer la vida del marido; no excesiva vanidad, ni inclinada al lujo (Tit. 2, 4); 4) *buena salud*, para evitar el peligro de enfermedades hereditarias; 5) *hermosura*. Esta, la última cualidad, aunque no pueda prescindirse de ella, en cuanto suele ser la chispa que enciende el amor. Nada vale sin embargo, si no es un reflejo de la belleza espiritual.

“Engañosa es la gracia, fugaz la belleza; la mujer que teme a Dios, esa es de alabar” (Prov. 31, 30).

Necedad

— El hijo necio es el tormento de su padre y la amargura de su madre (Prov. 17, 25) (El “hijo necio” en la Escritura significa no sólo el tonto, sino también el indisciplinado, desobediente, perezoso y disoluto. Ese tal es la desesperación de los padres).

— Al necio no le agrada la prudencia, sino sólo propalar necedades... Los labios del necio mueven contiendas y su boca provoca litigios. La boca del necio es su ruina y sus labios lazo para su vida (Prov. 18, 2 y 6-7).

— El necio, al reírse, levanta su voz; en cambio el inteligente apenas sonríe quedamente... Los pies del necio son ligeros para entrar en las casas, pero el varón discreto se recela en entrar. El necio desde la puerta se asoma a la casa, pero el educado se detiene fuera.

— Es de mala educación escuchar a la puerta; al prudente se le caería la cara de vergüenza. Los la-

bios de los necios dicen necedades; las palabras del prudente pesan en la balanza (Eclo. 21, 23-28).

— Aunque majes al necio en el mortero con el pi-lón de majar el trigo, no le sacarás de su necedad (Prov. 27, 22).

— La necedad se enconde en el corazón del niño, la vara de la corrección la hace salir de él (Prov. 22, 15).

En las sentencias que tratan de la corrección de los hijos, la palabra "vara" hay que entenderla, en general, metafóricamente como símbolo del castigo, de cualquier clase que sea. No obstante hay que entender "vara" en su sentido propio cuando el contexto lo exige, por ejemplo, en esta sentencia: "*No ahorres a tu hijo la corrección, que porque le castigues con la vara, no morirá*" (Prov. 23, 13). Aun los pedagogos modernos reconocen que a veces no hay más remedio que recurrir a los castigos corporales (Dr. V. Cruañas).

Los castigos son para los petulantes y los azotes para las espaldas de los necios (Prov. 19, 29).

— Para el caballo el látigo, la cabezada para el asno, la vara para las espaldas del necio. No respondas el necio según su necedad, para no hacerte como él. Responde al necio como merece su necedad, para que no se tenga por sabio. Daños sufre el que envía un mensaje por mano de un necio... Como perro que vuelve a su vómito, es el necio que repite sus necedades. ¿Has visto a uno que se cree sabio? Más puedes esperar del necio que de él (Prov. 26, 3-12).

— Mejor es dar con una osa a quien han arrebatado la cría, que con un necio en el frenesí de su necedad (Prov. 17, 12).

— El hijo sabio es la gloria de su padre, el hijo

necio la tristeza —y la vergüenza— de su madre (Prov. 10, 1: 15, 20).

Dejando aparte otras muchas sentencias que trae la Sagrada Escritura referentes al hombre necio (y también las que tratan del hombre sabio, prudente, trabajador, etc. porque algunas aparecerán al hablar de la “sabiduría”, del “trabajo”, etc, aquí sólo diremos que “no es sabiduría la ciencia de la maldad, y no hay prudencia en los consejos de los pecadores” (Eclo. 19, 20), y que el ideal que todo hombre debiera tener presente es el de los que son sabios, prudentes y trabajadores...

El sabio “madruga de mañana, para dirigir su corazón al Señor que le creó, para orar en presencia del Altísimo. Abre su boca en la oración y ruega por sus pecados; y si le place al Señor soberano, le llenará de espíritu de inteligencia. Como lluvia derrama palabras de sabiduría y en la oración alaba al Señor... y se gloria en conocer la Ley de Dios” (Eclo, 39, 6-11).

Oración

— Mucho vale la oración perseverante del justo (Sant. 5, 16). Orad sin intermisión (1 Tes. 5, 17).

— (Jesús dijo): Es preciso orar siempre y no desfallecer (Lc. 18, 1). Todo cuanto pidiérais en la oración, como tengáisfe, lo alcanzareis (Mt. 21, 22).

— En verdad os digo que si dos de vosotros conviniereis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en los cielos. Porque dónde están dos o tres congregados en mi nombre. Allí estoy yo en medio de ellos (Mt. 18, 19-20).

— (Jesús nos da ejemplo orando): Jesús salió hacia la montaña para orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando llegó el día llamó a si a los discípulos y escogió a doce de ellos, a los que llamó apóstoles (Lc. 6, 12-13).

— Vino Jesús con ellos a un lugar llamado Getsemaní, y les dijo: Triste está mi alma hasta la muerte; quedaos aquí y velad conmigo... y El oró diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz (de la Pasión); sin embargo, no se haga mi voluntad sino la tuya. Y viniendo a los discípulos los encontró dormidos, y dijo: Velad y orad para que no caigáis en la tentación; el espíritu está pronto, pero la carne es flaca (Mt. 26, 36-41).

— El Señor está cerca de los que lo invocan, de cuantos le invocan de veras (Sal. 145, 18).

— La oración del humilde traspasa las nubes y no descansa hasta llegar a Dios, ni se retira hasta que el Altísimo fija en ella su mirada (Eclo. 35, 21).

— Orad por los que os persiguen y calumnian... (Lc. 6, 28). Toda la tierra se halla en una espantosa desolación, porque no hay quien reflexione (no hay quien ore y medite en su corazón las verdades eternas) (Jer. 12, 11).

Oración es elevación de la mente a Dios, es despegar el alma del suelo y elevarla hacia Dios. Oración es dirigir la palabra de Dios es hablar y conversar con El, para suplicarle, pedirle gracias y dárseles por tantos beneficios recibidos...

El que trabaja bajo la mirada de Dios, puede convertir su trabajo en oración: "El que hace todas las cosas según Dios, o sea, el que obra siempre bien, ora siempre" (San Beda). "El que se porta bien, ora sin cesar; su vida es una continua oración" (S. Basilio). Hay que orar siempre. "Para los santos el mismo sueño es oración" (S. Jerónimo). A este fin vivamos en gracia, sin olvidar el dicho de Jesucristo: "*Sin Mi nada podéis hacer*"...

La oración es el gran medio de santificación... "El que ora se salva, el que no ora se condena" (S. Alf. M^a de Ligorio). "El verdadero discípulo de Cristo debe ser un hombre de oración... ¡Cuánto mejor sería el mundo si todos los hombres supieran orar bien! (Pablo VI).

Querer hacer apostolado sin oración, es como querer coser sin hilo... “Prómeteme un cuarto de oración diaria y yo te prometo el cielo” (Santa Teresa de Jesús). Esta Santa nos habla así de la oración mental y vocal:

“Rezar el *Paternoster* y *Ave María*, o lo que quisierais, es oración vocal”. “Quiero enseñaros cómo habéis de rezar *vocalmente*, porque es razón entendáis lo que decís... No nos contentemos con sólo pronunciar palabras, porque cuando digo *Credo*, razón me parece será que entienda y sepa lo que creo, y cuando *Padre nuestro*, quién es el Maestro que nos enseñó esta oración”.

“Si hablando estoy enteramente entendiendo y viendo que hablo con Dios con más frecuencia que en palabras que digo, juntas están oración mental y vocal”.

La oración mental puede y debe preceder a la vocal, para que ésta no sea rutinaria, pues conviene rezar con advertencia... “Oremos unos por otros para ser salvos” (Sant. 5, 16), y oremos con “atención, humildad y perseverancia”. Recordemos los ejemplos del fariseo y del publicano, el de la hemorroisa, etc.

Paciencia

— Soportasteis una grave lucha de padecimientos... No perdáis, pues, vuestra confianza, que tiene una gran recompensa. Porque tenéis necesidad de paciencia para que, cumpliendo la voluntad de Dios., alcancéis la promesa (Heb. 10, 33 y 35-36). Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna (1 Jn. 2, 25).

— En esperanza estamos salvos; que la esperanza que se ve, ya no es esperanza. Porque lo que uno ve, ¿cómo esperarlo?; pero si esperamos lo que no vemos, en paciencia esperamos (Rom. 8, 24-25).

— No ponemos nuestros ojos en las cosas visibles, sino en las invisibles; pues las visibles son temporales; las invisibles, eternas (2 Cor. 4, 18).

— Desterremos de nosotros el pecado que nos asedia, y por la paciencia corramos al combate que se nos ofrece, puestos los ojos en Jesús, el cual en vez del gozo que se le ofrecía, soportó la cruz... (ante las fuertes tentaciones hemos de resistir al mal, por eso el mismo apóstol dice): Aun no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha contra el pecado (Heb. 12, 1-4).

— Con vuestra paciencia compraréis (la salvación) de vuestras almas (Lc. 21, 19).

— Si sufrís con paciencia las pruebas haciendo el bien, es una gracia ante Dios. A esto habéis sido llamados porque Cristo ha sufrido por vosotros, dejándonos un ejemplo para que sigáis sus pisadas (1 Ped. 2, 20-21).

La paciencia es aquella virtud por la que sufrimos con ecuanimidad los males de esta vida, sin turbarnos e intranquilizarnos interiormente, ni pronunciando exteriormente palabras o ademanes menos decorosos o convenientes.

Nuestro primer modelo de paciencia es Jesucristo, El nos dio ejemplo admirable de esta virtud en su Pasión, guardando silencio ante los que le acusaban injustamente, y si contestó a los que le dieron una bofetada, lo hizo con aquellas palabras mesuradas: "Si he hablado mal, demuestra en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?"

"Dáis prueba de una gran virtud si no respondéis a una ofensa con otra ofensa; manifestáis una gran fuerza del alma si perdonáis al ser ofendidos; y adquirís una gran gloria si perdonáis a un enemigo a quien pudierais dañar (S. Isidoro). No vengarse es ser semejante a Dios (S. J. Crisóstomo).

La venganza es fruto de la ira (Tertulismo). Una onza de paciencia vale más que una libra de victoria (S. Belarmino).

"Se necesita más fuerza para sufrir con paciencia las adversidades, que para hacer acciones brillantes" (Santo Tomás).

La paciencia es una de las formas exquisitas de caridad... ¿cuántas felicidades destruidas y derrumbadas yacen por tierra,

sólo por falta de paciencia! Con *un poco* de paciencia ¡cuántas explosiones perjudiciales, cuantas rupturas y escándalos se hubieran impedido!... Para evitar toda desunión es necesario perseverar en la dulzura, guardar silencio, transigir un poco y apoyarnos en la prudencia y delicadeza, dejando pasar un poco de tiempo para poder hablar luego con calma. También es necesario no dejar rezar y pedir a Dios luz en nuestro obrar.

Ejemplos de la paciencia de Jesús y de la impaciencia de sus discípulos los tenemos cuando los samaritanos no le reciben, y saltan ellos: ¿quieres que mandemos bajar fuego del cielo?... y cuando el enemigo sembró cizaña en medio del trigo...

Padres (e hijos)

1) *Padres: educad bien a vuestros hijos:* Instruye al niño en su camino, que aún de viejo no se apartará de él (Prov. 22, 6).

— La vara y el castigo dan sabiduría: el muchacho consentido es la vergüenza de su madre (Prov. 29, 15). (Véanse: “*Corrección*” y “*Necedad*”).

— ¿Tienes hijos? Instrúyelos, dobléga desde la juventud su cuello. ¿Tienes hijas? Vela por sus cuerpos, y no les muestres un rostro demasiado jovial (Eclo. 7, 25-26).

— No desees tener muchos hijos inútiles, ni te complazcas en hijos impíos. Por muchos que tengas, no te alegres de ellos si no tienen el temor de Dios. No confíes en la vida de ellos ni tengas confianza en su destino. Porque más vale uno que mil, y más morir sin hijos que tenerlos impíos. Porque por uno solo sensato prospera la ciudad... (Eclo. 16, 1-5).

— El que ama al hijo le habitúa a los azotes, para que al fin pueda complacerse en él. El que educa bien a su hijo se gozará en él y podrá gloriarse en medio de sus conocidos. El que enseña a su hijo será

envidiado de su enemigo y ante sus amigos se regocijará en él...

— El que mima a su hijo tendrá luego que vendarle las heridas, y a cada grito suyo sentirá que se le conmueven las entrañas. Caballo no domado se hace indocil, y el hijo abandonado se torna díscolo. Halaga a tu hijo y te hará temblar; juega con él y te dará pesares...

— En su juventud no le des largas y no disimules sus faltas. Doblega su cuello en la juventud y tunde sus espaldas mientras es niño, no se vuelva terco y desobediente. Educa a tu hijo y aplícale al trabajo, no vengas a tropezar por su torpeza (Eclo. 30, 1-13). Vela sobre tu hija (Eclo. 42, 9-14).

2) *Hijos, obedeced a vuestros padres*: Honra a tu padre y a tu madre, para que se prolongue tu vida sobre la tierra (Ex. 20, 12).

— De todo corazón honra a tu padre, y no te olvides de los dolores de tu madre. Acuérdate de que les debes la vida. ¿Cómo podrás pagarles lo que han hecho para ti? (Eclo. 7, 29-30).

— El que honra al padre expía sus pecados, y el que tributa honor a su madre es como quien acumula tesoros (Eclo. 3, 4-5).

— Guarda los mandatos de tu padre, y no des de lado las enseñanzas de tu madre (Prov. 6, 20). El que roba a su padre y dice que no es malo, es digno compañero del bandido (Prov. 28, 24).

— Hijos, obedeced a vuestros padres en todo, porque esto es agradable a Dios (Col. 3, 20).

— Quien teme al Señor, honra a sus padres; y sirve como a señores a los que le dieron el ser. Honra a tus padres con obras y con palabras y con toda

la paciencia, para que venga sobre ti su bendición... (Eclo. 3, 8-10).

— Hijo, acoge a tu padre en la vejez, y no le des pesares en la vida. Si llega a perder la razón, muéstrate con él indulgente, y jamás le desprecies porque estés tu en plenitud de fuerza; porque la piedad con el padre no será echada en olvido (Eclo. 3, 14-15).

— Como un blasfemo es quien abandona a su padre, y será maldito del Señor quien irrita a su madre (Eclo. 3, 18).

“No hay autoridad que no esté puesta por Dios...” (Rom. 13, 1). Nuestro deber es obedecer a la autoridad legítimamente constituida, pues la autoridad del que nos manda viene en último término de Dios en cuanto que El es el autor de la vida religiosa y social del hombre. La sociedad humana, que tiene por base la familia, ha sido querida por Dios desde sus orígenes.

San Juan Crisóstomo resume así las obligaciones de los hijos y los padres: “El honor y la reverencia a los padres constituyen la base maravillosa del camino a la virtud..., porque, en primer lugar, los padres, después de Dios, son los autores de la vida y es nuestro deber honrarlos...”

Los padres no deben irritar a los hijos tratándolos como si fueran criados..., sino educarlos en la corrección y en la disciplina..., instruirlos en las Sagradas Escrituras. No mimar tanto al hijo que tengan luego que vendarle las heridas. No te recomiendo que les infundes miedo, sino respeto digno. Tienes la casa adornada con estatuas de oro. Son tus hijos; límpiales, adórnalas, cuídalas”.

“Castiga a tu hijo, que siempre hay esperanzas, pero no te excites hasta destruirle” (Prov, 19, 18). La corrección ha de evitar los dos extremos, de una condescendencia blandengue y de una excesiva severidad.

Paz

— (El saludo de Jesús fue éste): La paz sea con vosotros (Jn. 20, 21). Vivid en paz unos con otros (Mc. 9, 50).

— Dios no es Dios de confusión, sino de paz (1 Cor. 14, 33). Bienaventurados los pacíficos (o constructores de la paz), porque ellos serán llamados hijos de Dios (Mt. 5, 9).

— Gloria a Dios en el cielo y la tierra paz a los hombres... (Lc. 2, 14).

— Nos ha nacido un Niño, Dios fuerte, Príncipe de la paz... (Is. 9, 6). Este será la paz (Miq. 5, 5).

— Dios dice: Si guardáis mis mandamientos... daré paz a la tierra (Lev. 26, 3-6). Para los impíos, dice el Señor, no hay paz (Is. 48, 12).

¿Qué es la paz? No es fácil definirla, como no es fácil tampoco decir qué es la salud. Se comprenden mejor cuando faltan, porque cuando no hay paz, hay guerra; cuando no hay salud, hay enfermedad.

Pablo VI dijo: La paz no se apoya en una falsa retórica de palabras, sino en la verdad, en la justicia, en la libertad y el amor; pero hay muchos de los que gobiernan la apoyan en la mentira, en armamentos destructores... "Hablan de paz y no tendrán paz".

La paz es posible donde hay hombres que se quieren y se perdonan que reparten el pan entre todos. La verdadera paz está en buena conciencia; en las buenas relaciones con Dios y consigo mismo.

La verdadera paz es liberación de las pasiones. Kempis nos los dice así: No hay verdadera paz en el corazón del hombre que vive según la carne... sino en el que resiste a las pasiones y no se doblga a ella...

"Cuesta vivir pacíficamente con gente intratable y pendenciera que contradicen a cada paso; pero es una gran gracia saberles

soportar, pues nuestra paz en esta vida miserable consiste más en soportar humildemente la adversidad que tenerla... El que mejor sepa padecer, mayor paz tendrá.

“Hay quienes aparecen insoportables, pues no tienen paz en ellos mismos, ni dejan que los otros la tengan. Tu procura mantenerte en paz y procura que los demás la tengan a su vez... Podríamos gozar de una gran paz si no nos ocupáramos de los dichos y hechos de los demás, por no ser de nuestra incumbencia”.

“Mejor es un pedazo de pan seco en paz que la casa llena de carne de víctimas y de contiendas” (Prov. 17, 1).

Si quieres tener paz y vivir en paz procura no hablar mal de nadie... La paz verdadera anida en las almas que viven en gracia...

Pecado

— El pecado es la transgresión de la Ley de Dios (1 Jn. 3, 4).

— ¿Has pecado? No vuelvas a pecar más. Como de la serpiente huye del pecado, porque si te acercas te morderá. Dientes de león son los suyos, que dan muerte a los hombres. Toda iniquidad es como espada de dos filos... (Eccl. 21, 2-4).

— No digas: He pecado, ¿qué mal ha sucedido? Porque el Señor es paciente... Y no digas: Grande es su misericordia. El perdonará mis muchos pecados. Porque aunque es misericordioso, también castiga, y su furor caerá sobre los pecadores (Eccl. 5, 4-7).

— Lejos de nosotros querernos rebelar contra el Señor y apartarnos de El (Jos. 22, 29).

— (Todos los hombres son pecadores): Ciertamente, no hay justo en la tierra que haga sólo el bien y no peca (Eccl. 7, 20). Pues todos pecaron y todos están privados de la gloria de Dios (Rom. 3, 23).

— (El remedio del pecado: la Redención): Por Adán entró el pecado en el mundo... y ahora por el segundo Adán, Cristo, es por quien recibimos la redención (Rom. 5, 12 ss).

— El se entregó a Sí mismo por la redención de todos (1 Tim, 2, 8). Y todo esto viene de Dios, que por Cristo nos ha reconciliado consigo (2 Cor. 5, 18).

— A quien no conoció el pecado, le hizo pecado por nosotros para que en El fuéramos justicia de Dios (2 Cor. 5, 21).

— (Los que viven en pecado mortal) tienen el nombre de vivientes, pero están muertos (Apoc. 3, 1). El que comete pecado es esclavo del pecado (Jn. 8, 34).

— Jesús dijo: Hombre, tus pecados te son perdonados... ¿Quién puede perdonar los pecados, sino Dios? (Lc. 5, 20-21).

— Si confesamos nuestros pecados, fiel y justo es El para perdonarnos y limpiarnos de toda iniquidad (1 Jn. 1, 9).

— Si no hacéis penitencia, todos pereceréis igualmente (Lc. 13, 5). Arrepentíos y creed en el Evangelio (Mc. 1, 15). He venido a llamar a los pecadores a penitencia (Lc. 5, 32).

El pecado es lo opuesto a la santidad; es una gran ofensa a Dios y una ingratitud... El pecado, dice San Agustín, es la causa de todos los males. Para comprender la malicia del pecado mortal basta ver cómo Dios lo castiga: Por un solo pecado y éste de pensamiento, Dios castigó a los ángeles rebeldes y quedaron convertidos en tizones del infierno (2 Ped. 2, 4), por un pecado de desobediencia, Dios arrojó a nuestros primeros padres del paraíso, y el mundo quedó convertido en un valle de lágrimas...

La malicia del pecado mortal nos la revelan otros muchos cas-

tigos: los diluvios de agua y fuego, las penas eternas del infierno, la Pasión de N. S. Jesucristo,... las guerras y males existentes, etc.

A causa del pecado, Dios se hizo hombre, sufrió y murió. ¡Cuánto debemos aborrecer el pecado!. Los que viven en pecado mortal atraen males y castigos..., en cambio, las almas en gracia atraen bendiciones y son pararrayos de los castigos de la justicia divina.

El suplicio de cada hombre viene de su pecado, y su iniquidad se convierte en castigo (San Agustín).

Después del pecado y de la pasión satisfecha, lo único que queda es la vergüenza, la confusión y el arrepentimiento.

Mientras no renuncies de corazón el pecado, no habrá cambio *real* en tu vida. Esfuérzate por salir del pecado mediante una confesión sincera y vivir en gracia. Dios no quiere la muerte del pecador y espera a todos al arrepentimiento.

Reflexión (Prudencia)

— El simple todo lo cree, el prudente pone atención a sus respuestas... El que presto se enoja hará locuras, pero el hombre reflexivo no se impacienta (Prov. 14, 15 y 17).

— Aprende dónde está la prudencia, donde la fortaleza, donde la inteligencia, para que a la vez conozcas dónde está la larga vida y dicha, dónde la luz de los ojos y la paz (Bar. 3, 14).

— El prudente ve el peligro y se esconde, el simple sigue adelante y la paga (Prov. 27, 12).

— El carecer de reflexión no es cosa buena, pero el que además es precipitado en su obrar, la yerra. La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios (Prov. 19, 2-3).

— La cordura del hombre detiene su cólera, y es honroso disimular una ofensa (Prov. 19, 11).

Muchos le echan la culpa a Dios de sus males y nos quejamos de su Providencia, cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos con nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

“Disimular la ofensa”. El hombre cuerdo disimula las ofensas y excusas los defectos del prójimo, porque conoce muy bien la debilidad de la naturaleza humana y la violencia con que nos asaltan a veces las pasiones.

La prudencia nos enseña a examinar con *discrepción* lo que es bueno para practicarlo y lo que es malo para evitarlo, lo que es verdadero y lo que es falso... No pide además reflexión y discrepción en el hablar, en el trabajo, en el vestido... en cuantas cosas hacemos...

La prudencia también nos enseña a ser, dóciles, a saber aconsejarnos de los más prudentes, a escuchar con paciencia..., a hacer las cosas con diligencia, a no dejar para después lo que puedes hacer ahora y a hacerlas a su debido tiempo.

El hombre prudente, según San Bernardo, no hace nada sin haber examinado y previsto estas tres cosas: 1ª, si lo que desea hacer está permitido; 2ª, si es conveniente, y 3ª si es ventajoso.

“No obreís pronto sino después de haber examinado y cuidadosamente; no reflexionar es locura”. La prudencia es la ciencia de los santos.

Respeto humano

— (San Pablo dice): Yo no me avergüenzo del Evangelio (Rom. 1, 16).

— Quien se avergonzare de Mi y de mis palabras, dice Jesucristo, de él se avergonzará el Hijo del hombre, cuando venga su gloria y en la del Padre y de los santos ángeles (Lc. 9, 26).

— A todo el que me confesaré delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos (Mt. 10, 32-33).

— Muchos de los jefes creyeron en Jesucristo;

pero por causa de los fariseos no lo confesaban, por miedo a ser excluidos de la sinagoga, porque amaban más la gloria de los hombres que la de Dios (Jn. 12, 42-43).

— Si aún buscase agradar a los hombres, no sería siervo de Jesucristo (Gál. 1, 10).

El respeto humano es un excesivo miramiento a lo que los hombres juzgarán o dirán de nosotros, de nuestras palabras o acciones. El respeto humano es esclavitud, cobardía y debilidad de carácter. Cuántos obran así: ¿qué dirá, qué se pensará si hago o no tal cosa? ¿No es acaso una bajeza y una locura avergonzarse de hacer una obra buena, o sea, de aquello de que debiéramos gloriarnos ante Dios? Nada desagrada, envilece y deshonra al hombre como el respeto humano.

Por una contrariedad o una palabra de desaprobación, muchos sacrifican el deber, y hasta llegan a hacer el mal por complacer a los demás, aparentando ser peores de lo que son en realidad...

Jamás busquemos agradar a los hombres que se apartan de la Ley de Dios. "Teme a Dios y no te espantes de los hombres" (Kempis). ¡Sé viril, sé hombre! No te avergüences jamás de ser un buen cristiano o buen ciudadano católico.

Riquezas

— No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón (Mt. 6, 19-21).

Y vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida... Vuestro oro y vuestra plata comidos del orín, y el orín será testigo contra vosotros... (Sant. 5, 1-3).

— ¡Ay de los que añaden casas a casas, de los

que juntan campos, hasta acabar el término, siendo los únicos propietarios... (Is. 5, 8).

— A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos y atesorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida (1 Tim. 6, 17-19).

— Bienaventurado el varón irreprochable que no corre tras el oro. ¿Quién es éste que le alabamos? Porque hizo maravillas en su pueblo? (Eclo. 31, 8-9).

— Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón (Sal. 62, 11).

— Teniendo con que comer y vestir, ya debemos estar contentos (1 Tim. 6, 8).

— Buscad primero el reino de Dios y su justicia, y todo lo demás se os dará por añadidura (Mt. 6, 33).

Las riquezas, como don de Dios, son buenas; lo que es malo es su abuso. El rico Epulón se condenó no por ser rico, sino por haber usado mal sus riquezas. Las riquezas son un manantial de placeres y de crímenes. Al rico que tiene su corazón en las riquezas, éstas le conducen al lujo, el lujo a la lujuria, la lujuria a la indiferencia, la indiferencia a la incredulidad, a la herejía, a la idolatría...

“Las riquezas no son en sí pecado; pero es un pecado no distribuir las a los pobres y emplearlas en el mal” (S. J. Crisóstomo).

La gloria de las riquezas no brilla en las mesas espléndidas, sino en los socorros distribuidos a los desgraciados...

“Las riquezas afluyen a las manos de los que las distribuyen con largueza (S. Clemente de Alejandría).

No olvides el dicho de Jesucristo: “*Hay mayor dicha en dar que en recibir*” (Hech. 20, 35).

“Tratáte como huested y peregrino sobre la tierra, a quien

no le va nada en los negocios del mundo..., porque aquí no tienes domicilio permanente" (Kempis).

"Mis padres me han dejado una herencia, ¿qué hago con ella? Respondió el anciano: ¿qué quieres que te diga?... Si te digo: "Dásela a tus parientes", no tendrás recompensa alguna. Si quieres oirme, dásela a los necesitados y te librarás de inquietudes" (Un eremita).

El que no puede llevar consigo lo que tiene no es rico; porque lo que tenemos que dejar aquí en la tierra, no nos pertenece, es de los demás (S. Ambrosio).

Las riquezas de la tierra no son verdaderas riquezas, tenemos que aspirar a las eternas... "*Nada trajimos al mundo y nada podemos llevarnos de él...*" (1 Tim. 6, 7).

Sabiduría

— (Dios es la fuente de la sabiduría y dador de ella): Toda la sabiduría viene del Señor y con El está siempre. La arenas del mar, las gotas de la lluvia y los días del pasado, ¿quién podrá contarlos? La altura de los cielos, la anchura de la tierra, la profundidad del abismo y la sabiduría, ¿quién podrá explorarlos?... La fuente de la sabiduría es el Verbo (la palabra) de Dios en las alturas y sus caminos los mandamientos eternos (Eclo. 1, 1-5).

— El sondea las huellas del abismo y del corazón y entiende sus maquinaciones, porque el Señor conoce toda ciencia (Eclo. 42, 18-19).

— Grande y poderoso es nuestro Señor, y su sabiduría no tiene límites (Sal. 147).

— En Cristo se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia (Col. 2, 3).

— Dios de la sabiduría y de su boca derrama ciencia e inteligencia (Prov. 2, 6).

— No te tengas por sabio; teme a Dios y evita

el mal (Prov. 3, 7). Porque en el alma maliciosa no entrará la sabiduría, ni morará en el cuerpo esclavo del pecado (Sab. 1, 4). La sabiduría de este mundo es necedad ante Dios (1 Cor. 3, 19).

— El principio de la sabiduría es el temor de Dios: conocer al Santo, eso es inteligencia (o sea, conocer a Dios es el fundamento de toda ciencia) (Prov. 9, 10).

El verdadero sabio es el que conoce a Dios, al Supremo Hacedor de cuanto existe y causa primera, de todas las causas... El "principio", el fundamento o base sólida de la verdadera sabiduría "es el temor de Dios", o sea, la práctica de la religión. San Pablo la cifra en el conocimiento de Jesucristo y de Este crucificado (1 Cor. 2, 1-2).

San Bernardo dice: El sabio es el que ve las cosas tales como son en sí mismas, es decir, las cosas divinas como divinas, las humanas como humanas, y distingue las eternas de las transitorias...

Los sabios son los que buscan la sabiduría; los necios piensan ya haberla adquirido (Napoleón). El saber es la parte más considerable de la felicidad (Sócrates). Si quieres parecer sabio, trabaja por serlo (Vives). Los conocimientos hacen a los hombres mansos y suaves (Montesquieu). Poca ciencia aleja muchas veces de Dios, y mucha ciencia conduce siempre a El (Cacón).

"Más vale saber que haber" (Refrán). El mejor ornato de la sabiduría es la humildad. Poco sabe, por mucho que sepa, quien no sabe hablar de dignidad y limpieza.

Los que conocen a Dios o conociéndole no le glorifican, "*alardeando de sabios, son necios*" (Rom. 1, 21-22).

Santidad

— Dios nos eligió antes de la creación del mundo para que fuésemos santos (Ef. 1, 4) (y nos invita a la santidad): Sed santos, porque Yo soy santo (Lev.

9, 2). Sed perfectos como vuestro Padre celestial es perfecto (Mt. 5, 48) (y debemos serlo en la medida que nos es posible).

— Esta es la voluntad de Dios: vuestra santificación (1 Tes. 4, 3). Pero ahora libres de pecado y siervos de Dios, tenéis por fruto la santificación y por fin la vida eterna (Rom. 6, 22).

— Os ruego que, como peregrinos, os abstengáis de los apetitos carnales que combaten contra el alma (1 Ped. 2, 11), llevando siempre en el cuerpo la mortificación de Cristo... (2 Cor. 4, 10).

— Como hijos de obediencia, no os conforméis a las concupiscencias que primero teníais en vuestra ignorancia, antes, conforme a la santidad del que os llamó, sed santos en todo vuestro proceder, porque escrito está: Sed santos, porque Yo soy santo (1 Ped. 1, 14-16).

— El reino de los cielos padece violencia, y los que se la hacen lo arrebatan (Mt. 11, 12).

¿Qué es la santidad? Según los Evangelios es vida de gracia, de unión con Dios... Esto supone vencimientos, sacrificio, cumplimiento de la Ley de Dios y del propio deber.

La vida de gracia es una vida nueva que se recibe a modo de germen en el bautismo, la que ha de desarrollarse y perfeccionarse en cada uno mediante la misma gracia y el esfuerzo personal.

El Conc. Vaticano II nos dice: "Todos estamos llamados a la santidad, ya pertenezcan a la jerarquía, ya a los fieles porque Cristo es santo...", y nos enseña cómo podemos santificarnos cumpliendo con el deber en el propio estado...

Para ser santos la virtud más necesaria es la fortaleza, quererlo de veras, no limitarse a decir: "quiero ser santo", sino que estoy dispuesto a todos los sacrificios y pone los medios para adquirir la santidad...

A los santos les costaba domar las pasiones y sus brusquedades, ceder a su parecer... y con el tiempo y la constancia lograron dominarse.

No está la santidad en el verbo: trabajar... orar... hacer, actuar... Está en el adverbio: plenamente, cuidadosamente, exactamente, o sea, con la perfección posible.

No eres santo porque te alaban, ni peor porque digan de ti cosas censurables, eres sencillamente lo que eres. El hombre mira las acciones, Dios pesa las intenciones (Kempis).

La santidad es ausencia de pecado, vida de gracia y amor a Dios y al prójimo.

Sentencias varias

— Los regalos y las dádivas ciegan los ojos de los jueces, y las cierran los ojos para no corregir (Eclo. 20, 31).

— Por el semblante es conocido el hombre, y por el aire de la cara se conoce al que es juicioso. La manera de vestir, la risa de los dientes y el caminar del hombre dicen lo que es (Eclo. 19, 26-27).

— El impío con su boca arruina al prójimo, el justo con su sabiduría le salva. La prosperidad del justo alegra a la ciudad, y cuando perece el impío hace fiesta. Donde no hay gobierno va el pueblo a la ruina (Prov. 11, 9 ss).

— En el bombo se echan las suertes, pero es Dios quien da la decisión (Prov. 16, 33).

— En tres cosas se complace mi alma, hermosas ante el Señor y ante los hombres: La concordia entre hermanos, la amistad entre los prójimos y la armonía entre la mujer y marido (Eclo. 15, 1-2).

— Ni a tu hijo, ni a tu mujer, ni a tu hermano, ni a tu amigo des poder sobre ti, ni entregues a otro (si no andas sobrante) tus bienes, no sea que arre-

pentido, tengas que pedirles a ellos. Mientras en ti haya aliento de vida, no te entregues a nadie; porque mejor es que te rueguen tus hijos que no verte en manos de ellos. En todo lo que haces sé el dueño. No echas mancha en tu honor. Al fin de los días de tu vida, al tiempo de la muerte, distribuye tu heredad (Eclo. 33, 20-24).

— El camino derecho es apartarse del mal (Prov. 16, 17). Traza el corazón del hombre sus caminos, pero es Yahvé quien dirige sus pasos (Prov. 16, 9).

Silencio

— Todo tiene su tiempo, y todo cuanto se hace abajo bajo el sol tiene su hora... Hay tiempo de callar y tiempo de hablar... (Ecl. 3, 1 y 7).

— Si alguno cree ser religioso y no refrena su lengua, seduce su propio corazón y su religión es vana (Sant. 1, 26).

— En el mucho hablar no faltará pecado. El que refrena sus labios es sabio (Prov. 10, 49).

— El malvado se enreda en pecados de la lengua, el justo se libra de ellos (Prov. 12, 13).

La Sagrada Escritura alaba el silencio, y es considerado como un "medio precioso" para la formación, porque acostumbra al individuo al dominio de sí mismo y a la reflexión y le proporciona un clima ideal para la vida de recogimiento, de estudio y de oración. "En el silencio y el recogimiento el alma hace progresos" (Kempis).

El Hermano Rafael, Trapense, escribió: "El silencio de la Trapa no es silencio... es un silencio que dice: No metas ruido, hermano, que estoy hablando con Dios... El silencio es necesario para la oración, para no faltar a la caridad... El tener quieta

la lengua hace descansar el corazón... Por el alma silenciosa nacen los pensamientos de Dios"...

¿Queréis aprender a hablar? Guardad silencio y reflexionad en él lo que tenéis que decir y cómo debéis decirlo... Escuchad, ved, callad y tendréis la paz en el alma. "El silencio es el sello del hombre sabio y prudente" (San Bernardo).

El Vaticano II nos habla del silencio y de la soledad como de algo esencial en la vida contemplativa... Hay dichos elocuentes hablando del silencio. He aquí algunos de los preferidos por varios filósofos de la antigüedad:

"El silencio no daña a nadie, y romperlo es muchas veces perjudicial" (Catón). El que no sabe callar no sabe hablar (Séneca).

"Ya me he arrepentido muchas veces de haber hablado, jamás de haber callado" (Simónides).

"Sólo en dos ocasiones has de hablar: cuando sepas de fijo lo que vas a decir y cuando no lo puedas excusar. Fuera de estos casos, es mejor el silencio que la plática" (Sócrates).

"La dignidad del silencio es la corona del hombre" (Eurípides) "soledad, silencio, oración constante en alegre penitencia dan frutos de fecundo apostolado" (Pablo VI).

"Tanta dificultad debíamos tener en abrir la boca para hablar como en abrir la bolsa para pagar" (S. Vicente Ferrer).

"El silencio es el elemento en que se forman todas las cosas grandes" (T. Coryle). Ten presente esta lección:

- Callar de sí mismo, humildad.
- Callar defectos ajenos, caridad.
- Callar palabras inútiles, penitencia.
- Callar a tiempo, prudencia.
- Callar en el dolor, heroísmo.

Soberbia

— No te dejes llevar de la soberbia. La soberbia es odiosa a Dios y a los hombres... ¿De qué te ensoberbeces polvo y ceniza?... El principio de la soberbia es apartarse de Dios y alejar de su Hacedor su

corazón, porque el principio de todo pecado es la soberbia (Eclo. 10, 6-13).

— Dios resiste a los soberbios y a los humildes da la gracia (1 Ped. 5, 5).

— No te ensoberbecas en tu corazón..., porque en el orgullo está la perdición y el desorden; es el principio de todos los males (Tob. 4, 14).

— Si alguno se imagina ser algo, no siendo nada, a sí mismo se engaña (Gál. 6, 4).

— ¿Qué tienes que no hayas recibido? y si lo recibiste, ¿de qué te glorías como si no lo hubieras recibido? (1 Cor. 4, 7).

Hay siete pecados o vicios que llamamos “capitales”, porque son cabeza, fuente o raíz de todos los demás pecados. Todos estos siete vicios constituyen cierto ejército infernal, cuyo jefe es la soberbia.

La soberbia es un apetito desordenado de la propia excelencia, es decir es no estimar a los otros y querer ser preferido a ellos.

“Del orgullo nace el desprecio a los pobres, la codicia del dinero, el amor del dominio y el deseo de la gloria. El orgulloso no puede sufrir ninguna prueba de ninguna parte que venga, ni de sus superiores ni de sus inferiores” (S. J. Crisóstomo).

Gran mal es apearse a las ideas y voluntad propias sin oír antes el parecer de las personas prudentes. “Por no haberse querido hacer discípulos de la verdad, los orgullosos han venido a ser maestros del error” (S. Agustín).

“De todos los orgullosos del más insoportable es el que cree saberlo todo (Filodemo). El orgullo es el complemento de la ignorancia (Fontenella).

Temor de Dios

— El temor de Dios es el principio de la sabiduría (Prov. 1, 7).

— El temor de Dios expulsa el pecado (Eclo. 1, 27). El temor de Dios odia el mal (Prov. 8, 13).

— Al que teme al Señor le irá bien en sus postrimerías, y el día de su fin hallará gracia (Eclo. 1, 13).

— Bienaventurado el que teme al Señor y anda por sus caminos (Sal. 128, 1).

— Temed al Señor vosotros sus Santos (Sal. 34, 10). Los que teméis al Señor, bendecidle (Sal. 135, 20).

— La mujer que teme al Señor esa será celebrada (Prov. 31, 30).

— De Judit nadie podía decir una palabra mala porque era temerosa de Dios (Judit 8, 8).

— Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque eso es el hombre todo (es decir, esta es la razón de su existencia) (Ecl. 12, 13).

— Aún del pecado expiado no vivas sin temor, y no añadas pecados a pecados... (Eclo. 5, 5).

— El temor de Yahvé lleva a la vida, el que de El está lleno no será visitado por la desventura (Prov. 19, 23).

— No te tengas por sabio, teme a Dios y evita el mal (Prov. 3, 7).

“El temor de Dios”, o sea, la práctica de la religión, es “el principio”, el fundamento, la base de la verdadera sabiduría.

“El hombre sin religión es cual caballo sin freno” (refrán chino).

El temor de Dios del cual nos habla con frecuencia la Sagrada Escritura, no es el miedo o el temor servil, sino el temor que honra al Señor, que incluye el amor y teme ofenderle.

El verdadero temor es aquel con que tenemos que cometer el pecado, no sólo por miedo al castigo, sino principalmente por la ofensa que hacemos a Dios. El que teme a Dios no quiere ofen-

derle. Por eso dice el Eclesiastés: *Teme a Dios y guarda sus mandamientos.*

Hemos de temer, porque podemos caer: *"El que cree estar en pie, tema no caiga"* (1 Cor. 10, 12). Los medios para adquirir el temor de Dios, son: Ir en su presencia y ser fieles a sus mandamientos.

Tiempo (brevedad de la vida)

— El tiempo es breve..., el aspecto de este mundo pasa rápidamente... Sólo queda que los que tienen mujer vivan como si no la tuvieran; los que lloran, como si no llorasen; los que se alegran, como si no se alegrasen; los que compran, como si no posesyesen, y los que disfrutan del mundo, como si no disfrutasen, porque pasa la apariencia de este mundo (1 Cor. 7, 29-31).

— El hombre nacido de mujer vive corto tiempo, está repleto de muchas miserias; brota como una flor y se marchita (Job. 14, 1).

— Los días de nuestra vida son setenta años, y ochenta en los más robustos: pero también la robustez es apariencia, un nada, porque se corta en un instante, y volamos... Enséñanos a contar nuestros días para que adquiramos un corazón sabio (Sal. 90, 10 y 12).

— Pocos son los años que me restan, y es sin vuelta el camino por donde voy (Gál. 2, 9-10).

— Vivid con el temor el tiempo de vuestra peregrinación (1 Ped. 1, 17).

— Este es el tiempo de salvación, este es el tiempo aceptable (2 Cor. 6).

— El tiempo (de dar cuenta a Dios) está próximo (Apoc. 1, 3).

— ¿Qué es nuestra vida? Humo que aparece un momento y al punto se disipa (Sant. 4, 15). Nuestra vida es el paso de una sombra (Sab. 2, 5).

El tiempo que hemos vivido ya ha pasado, y el que nos queda de vida pasará en breve y pasará ¡para siempre! El tiempo trae presto la vejez, la decrepitud, la muerte, el fin de todo... El nos trae al mundo y pronto también nos hará desaparecer de él... Todos entramos en la vida con la ley de abandonarla...

El tiempo en sí mismo, apreciado por horas, días y años, no es nada; pero considerado como medio para adquirir la virtud y llegar a la eternidad feliz, o sea, a la posesión eterna de Dios, es de precio inestimable. Se dice que "el tiempo es oro", porque con él se adquieren las riquezas...; más para el cristiano es más que el oro. Es la moneda con la que hemos de comprar y merecer el cielo obrando bien.

¡Cuántos días y quizá cuantos años hemos pasado pecando! ¿cómo no repararlos, haciendo penitencia y mudando inmediatamente de vida? Uno de los mayores pecados que podemos cometer es perder los preciosos momentos de tiempo que Dios nos ha dado para hacer el bien. Por eso el apóstol nos dice: "*Mientras disponemos del tiempo obremos el bien*". Y para emplearlo bien evitemos la ociosidad...

Suceda lo que suceda, aún en los tiempos más borrascosos, las horas y el tiempo pasan... "¿Por qué no hemos de aprovechar los buenos momentos, ya que el tiempo pasa tan aprisa?" (Beethoven).

No imitemos a los charlatanes, que son ladrones del tiempo. Obremos siempre bien y nada temas; pero si obras mal, todo puedes temerlo". Siendo el fin de nuestra vida tan incierto, vivamos preparados para la eterna.

"El tiempo, dice San Agustín, no es más que una corrida hacia la muerte. Morimos cada día, porque cada día perdemos una parte de nuestra vida; creciendo, decrecemos, y partimos con la muerte el que día que creemos disfrutar por entero. Así, al entrar en la vida, ya empezamos a andar hacia la muerte y a salir de la vida".

Tengamos presente que el tiempo es la moneda con la cual hemos de comprar el cielo.

Trabajo

— El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar (Job. 5, 7).

— (Dios dijo a Adán): Por tí (por tu pecado) será maldita la tierra. Con trabajo comerás de ella el tiempo de tu vida... y con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido formado... (Gén. 3, 17-19).

— El que labra la tierra tendrá pan abundante, el que se va con los ociosos se hartará de pobreza (Prov. 28, 19).

— No hemos vivido entre vosotros en ociosidad..., y mientras estuvimos entre vosotros, os advertíamos que el que no quiera trabajar que no coma (2 Tes. 3, 7 y 10).

— La ociosidad enseña muchas maldades (Eclo. 33, 29). El que se abandona a la ociosidad es un insensato (Prov. 12, 11).

— Ve, oh perezoso, a la hormiga, mira sus caminos y hazte sabio..., se prepara en el verano su mantenimiento, reúne su comida al tiempo de la mies... Ve a la abeja, y aprende cómo trabaja y produce rica miel... ¿Hasta cuándo, perezoso dormirás, cuándo despertarás de tu sueño?... (Prov. 6, 6-11).

— ¡Cómo estáis aquí todo el día ociosos?... Id también vosotros a mi vida (Mt. 20, 6-7).

El trabajo es una ley *universal* que pesa sobre la humanidad, y es una ley *penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado (Gén. 3, 19). Nadie está dispensado del trabajo, ni ricos

ni pobres, y nos obliga a todos como hombres, como pecadores y como cristianos.

1) *Como hombres*. “El hombre nace para trabajar, como el ave para volar” (Job. 5, 7). Es una ley natural impuesta por Dios a nuestros primeros padres, pues los colocó en el paraíso terrenal para cultivarlo y guardarlo (Gén. 2, 15).

2) *Como pecadores*. Al pecar Adán, el pecado, que antes de su pecado no tenía razón de pena, se convirtió en castigo, que Dios impuso a él y a sus descendientes. Hoy el trabajo es una ley *santificadora*, una ley preservadora del mal, pues si el trabajo no nos ocupa, nos ocupará la ociosidad, manantial y origen de todos los males.

3) *Como cristianos*. Somos seguidores de Cristo, y El nos enseñó con su ejemplo la obligación del trabajo, pues fue ¡el obrero de Nazaret! al lado de San José, y “todo lo hizo bien” (Mc. 7, 37), y luego en su vida pública nos enseñó con las parábolas de los talentos y de los obreros de la viña a no estar ociosos...

Los Padres de la Iglesia inculcan frecuentemente que amemos el trabajo, porque éste ennoblece, da salud, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes: la inocencia, la paciencia, la fuerza. “Ocupaos siempre en algo para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos” (San Jerónimo).

El aburrimiento es una enfermedad cuyo remedio es el trabajo “Para el hombre ocupado no hay día largo” (Séneca).

Trabajar por Dios; descansar por Dios; servir por Dios. Es lo único que da valor a las cosas. ¡Felices los que saben este secreto! (Véase Encíclica “*Labores exercens*” de Juan Pablo II).

Vanidad

— Vanidad de vanidades y todo vanidad. ¿Qué provecho saca el hombre de todo por cuanto se afana debajo del sol? (Ecl. 1, 2-3).

— Me puse a observar sobre todo cuanto hay bajo los cielos. Es una dura labor dada por Dios a los hijos de los hombres, para que en ella se ocupen. Miré cuanto se hace bajo el sol, y vi que todo era vanidad y aflicción de espíritu (Ecl. 1, 13-14).

— El que ama el dinero no se ve harto de él, y el que ama los tesoros no saca de ellos provecho alguno; también esto es vanidad (Ecl. 5, 9).

¡Cuántos afanes inútiles! Hay otro más grave que he visto debajo del sol: riquezas guardadas para mal de su dueño. Pues piérdese esas riqueza por un infortunado suceso, y los hijos que engendró ya no tienen nada en la mano.

Desnudo como salió del seno de su madre, así volverá para ir como vino, sin recibir nada de su trabajo... También esto es una desdicha enorme; que precisamente como vino, así se haya de volver. ¿Qué le aprovecha el haber trabajado para el viento? (Ecl. 5, 12-15).

— Consideré el trabajo que Dios ha dado a los hombres para que en él se ocupen. Todas las cosas hizo El buenas a su tiempo, y hasta puso la eternidad (o idea de perduración) en sus corazones, sin que el hombre pueda comprender la obra de Dios desde el comienzo hasta el fin. Y conocí que no hay cosa mejor para ellos que alegrarse y procurarse el bienestar en su vida (sin ofender a Dios), y si el hombre come y bebe y goza del fruto de su trabajo, también esto es un don de Dios...

— Aun más vi debajo del sol: en el puesto del derecho sentada la maldad, y en lugar de la justicia, la iniquidad de los oprimidos, sin tener quien los consuele y sujetos a la violencia de sus opresores sin tener consolador... Entonces me dije: “Dios juzgará al justo y al injusto... porque todas las cosas tienen su tiempo” (Ecl. 3, 10-18).

— Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud... antes que el polvo se vuelva a la tierra de donde salió, y el espíritu retorne a Dios que le dio el ser (Ecl. 12, 1 y 7).

El rey Salomón después de haber gozado de toda clase de riquezas, honores y placeres, exclamó al fin de su vida: *Vanidad de vanidades y todo vanidad*. Por eso el Kempis añade: Todo vanidad, fuera de amar a Dios y servirle.

“Vanidad quiere decir cosa vana, inútil de ningún valor, cosa que se devanece... “En comparación de los bienes eternos todo es vano, hasta los bienes temporales (S. Greg. Magno).

“Vanidad es desear una vida larga sin cuidar que sea buena. Vanidad es atender únicamente a la vida presente y cerrar los ojos a la que está por venir... Haz lo posible por apartar tu corazón de las cosas visibles y adherirlo sin cesar a las invisibles” (Kempis).

Hay quienes se envanecen por sus vestidos, y “los que se envanecen por ellos, se envanecen por una cosa que los gusanos engendran y devoran” (S. J. Crisóstomo).

Si el hombre trabaja para el tiempo únicamente, vano es su trabajo, siendo así que ha nacido para trabajar y vivir para la eternidad. Piensa frecuentemente en esto: ¡Vivo para la eternidad!

Vocación

(Es una llamada de Dios)

1) *El Señor llamó a Abraham*: Sal de tu tierra,

de la casa de tus padres para el país que yo te mostraré... y Abraham salió de su tierra como se lo había mandado el Señor (Gén. 12, 1-4). Por la fe Abraham, al ser llamado, obedeció y salió hacia la tierra que había de recibir en herencia, pero sin saber a donde iba (Heb. 11, 8).

2) *A Moisés Dios le llamó* de en medio de la zarza: ¡Moisés, Moisés! El respondió: Heme aquí... Y el Señor le dio esta misión: El clamor de los hijos de Israel ha llegado hasta mi, y he visto la opresión que sobre ellos hacen pesar los egipcios: Ve, pues; yo te envío al faraón para que saques a mi pueblo, a los hijos de Israel, de Egipto... Yo estaré contigo (Ex. 3, 4 ss).

3) *A Josué Dios le dijo*: “Moisés, mi siervo ha muerto. Alzate ya, pues, y pasa ese Jordán, tú y tu pueblo, a la tierra que Yo doy a los hijos de Israel... Nadie podrá resistir ante ti... Yo seré contigo como fui con Moisés. Esfuerzate, y ten ánimo... (Jos. 1, 1-7).

4) *Gedeón, fue llamado* por un ángel del Señor, que le dijo: Ve y con la fuerza que tu tienes libra a Israel de las manos de Madián... Yo soy quien te envía... Yo estaré contigo y derrotarás a Madián... (Juec. 6, 14 s).

5) *Samuel, al oír la voz del Señor*: ¡Samuel, Samuel!, contestó: Heme aquí: Habla, Señor, que tu siervo te escucha... Samuel llegó a ser grande, y Yahvé estaba con él (1 Sam. 3).

6) *Jesús otro día* “llamó a sus discípulos y de entre ellos eligió a doce a los que llamó apóstoles (Lc. 6, 13); llamó a sí a los que quiso (Mc. 3, 13).

— Esforzaos en asegurar cada día más y más

vuestra vocación y elección por medio de vuestras obras... (2 Ped. 1, 10).

— Nadie que, después de haber puesto la mano sobre el arado, mire atrás es apto para el reino de Dios (Lc. 9, 62).

La vocación es un llamamiento divino. Dios llama a unos y a otros de diversas maneras. Antiguamente Dios habló a Abraham, a Moisés y a los profetas para darles una misión (y les habló bien desde la nube como a Moisés, o bien en sueños por medio de un ángel o mensajero suyo...), y cuando se hizo hombre y vino a la tierra, eligió de entre sus discípulos a doce, a los que llamó apóstoles.

A unos como a Pedro, Andrés, Santiago y Juan les dijo: “*Venid en pos de Mi y os haré pescadores de hombres*”, y a Mateo personalmente le dijo: “*Ven, sígueme*”...

Actualmente Dios llama a las almas a cierto estado de vida (notemos que los diversos estados de vida son: el sacerdotal, el religioso o estado de virginidad en el claustro o en el mundo y el matrimonio), y se vale ya de los padres, de sacerdotes o de los medios ordinarios para conocer nuestra vocación.

Estos medios son: *Disposición* (condiciones físicas y morales); *intención recta* (el logro de la perfección) y *atractivos manifiestos, inclinaciones constantes*.... En caso de duda se debe consultar a personas sabias y experimentadas.

La Iglesia hoy tiene necesidad de vocaciones para cumplir su misión... Hay escasez. El Papa pide sacerdotes para América, para todas partes del mundo... Hay seminarios y conventos vacíos, defecciones sacerdotales y religiosas...

Las causas de esta disminución de vocaciones son: 1) *La falta de fe* (influyendo mucho el mal de los padres, los caminos y egoísmo de la juventud...); 2) *el poco vencimiento de las pasiones*, el escaso conocimiento del valor de la virginidad. Ya dijo Jesucristo: “*No todos entienden esto* (la decisión de ser vírgenes). *sino aquellos a quienes ha sido dado. Porque hay eunucos* (esto es, inhábiles o impotentes para el matrimonio), *que se hicieron*

tales a sí mismo por el reino de los cielos. El que sea capaz de esta doctrina que la siga" (Mt. 19, 11-12).

El celibato es joya y honor de la Iglesia y tanto éste como la castidad virginal encierra grandes excelencias y prerrogativas y su belleza es excelsa; pero las almas piensan poco esto y se dejan arrastar de sus pasiones... Los jóvenes al pensar en el sacerdocio deben reconocer que el sacerdote es *otro Cristo* y es la más excelsa dignidad.

La virginidad es un don de Dios y no a todos es concedido, sino a los que desean sinceramente y están dispuestos a luchar con la concupiscencia de la carne, y a este fin piden ayuda a Dios con fervor, y ponen los medios de vencimiento: fuerza de voluntad, oración, huída de ocasiones; frecuencia de sacramentos...

3) *Correspondencia al llamamiento de Dios.* Notemos que Dios llamó también y aligió a Saúl, a Judas y a otros, y terminaron siendo reprobados, y ¿por qué? Porque no cooperaron al llamamiento divino... Dios llama y elige, pero cada uno debe cooperar a ese llamamiento con fidelidad y dignidad, y por eso el apóstol nos dice. *"Esforzaos en asegurar cada día más y más vuestra vocación por medio de vuestras buenas obras"*.

"Lo bueno que hacemos es del Dios omnipotente y de nosotros, porque El, inspirando, nos previene para que queramos y nos acompaña con su ayuda para que no queramos en vano, sino que podamos cumplir las cosas que queremos" (S. Greg. Magno).

Palabras de San Pablo

Estas palabras tienen hoy su actualidad, por ser inspiradas por Dios, y merecen ser meditadas por todos los jóvenes:

"Quisiera que todos los hombres fueran como yo (él era soltero), pero cada uno tiene de Dios su propio don... Si no pueden guardar continencia, cásense, que mejor es casarse que abrasarse (en el fuego de la impureza)..."

Acerca de las vírgenes no tengo precepto del Señor; pero puedo daros consejo... Creo, pues, que por la instantánea necesidad es bueno que el hombre sea así... Si te casares no pecas; pero ten-

dréis que estar sometidos a las tribulaciones de la carne que quisiera yo ahorraros...

Yo os querría libres de cuidados. El célibe se cuida de las cosas del Señor, de como agradar al Señor. El casado ha de cuidarse de las cosas del mundo, de cómo agradar a la mujer, y así está dividido. La mujer no casada y la doncella sólo tienen que preocuparse de las cosas del Señor, de ser santas en cuerpo y espíritu... Quien casa a su hija virgen hace bien (siendo ella de este parecer), y quien no la casa hace mejor... Más feliz será si permanece así, conforme a mi consejo, pues también creo tener yo el espíritu de Dios" (1 Cor. 7, 7-9. 25 ss).

San Pablo aconseja la virginidad, *no la manda*, porque su adquisición es obra de la gracia y supone un gran esfuerzo, un sacrificio heroico y un dominio absoluto de sí mismo, y por eso este es el sacrificio más hermoso y más noble que se puede ofrecer a Dios en este mundo.

¡Dichosas las almas consagradas con una entrega total al servicio de Dios y de sus hermanos los hombres!

El que se sienta capaz de este don ¡adelante!

Advertencia final

Me parece oportuno advertir que el presente libro tiene bastante parecido al "*Diccionario de Espiritualidad*" que me ha editado este "*Apostolado Mariano*" de Sevilla, en cuanto que los temas van en orden alfabético y algunos temas son comunes; pero se diferencian en que el TESORO BIBLICO tiene 64 temas, mientras que el dicho Diccionario tiene 167.

"El Tesoro Bíblico" tiene algunos temas nuevos y más máximas de los libros sapienciales, que el "*Diccionario de Espiritualidad*" y va también con nuevos textos bíblicos y explicaciones más concretas, y con la mira a ofrecer reflexiones e ideas de medita-

ción a fin de que todos, máxime los jóvenes, tengan a mano lo más esencial que deben saber para aprender a vivir rectamente.

INDICE

- Alabanza
- Alegría
- Amistad
- Amor
- Avaricia
- Beneficios
- Biblia
- Camino
- Caridad
- Castidad
- Cielo
- Consejo
- Corrección
- DIOS (Sus atributos)
- Dolor
- Embriaguez
- Envidia
- Escándalo
- Esperanza
- Espíritu Santo
- Eucaristía
- Fe
- Fin del hombre
- Fortaleza
- Gracia divina

- Gratitude
- Gula
- Haz bien
- Humildad
- Infierno
- Injurias (su perdón)
- Injusticia
- Ira
- JESUCRISTO
- (Testimonios acerca de Jesucristo)
- Juicio divino
- Juicio temerario
- Juventud... ancianidad
- Lengua (Habla bien)
- Limosna
- Mandamientos
- MARIA VIRGEN
- Matrimonio
- Misericordia de Dios
- Muerte
- Mujer (su retrato en la Biblia)
- Necedad
- Oración
- Paciencia
- Padres (e hijos)
- Paz
- Pecado
- Reflexión (Prudencia)
- Respeto humano
- Riquezas
- Sabiduría
- Santidad
- Sentencias varias
- Silencio (su valor)

- Soberbia
- Temor de Dios
- Tiempo (brevedad de vida)
- Trabajo (pereza)
- Vanidad
- Vocación